

PARTE I

CAPÍTULO UNO

El quinto piso.

Sentía cómo se le cerraba la garganta, imaginaba una compuerta de hiedras mágicas que producían el sonido acelerado de naturaleza virgen creciendo, entretejiéndose hasta no dejar más que ciertos resquicios por los que se colarían los rayos del sol. Inhaló, tomó aire profundamente obligando a sus pulmones a hincharse. Le caían algunas lágrimas a pesar de que intentaba retenerlas. No pretendía hacerlo de forma prolongada, solo quería llegar a su piso y llorar con calma. Pero cuanto más lo pensaba, cuanto más se esforzaba en controlarlo, peor era, y se le acumulaban esas lágrimas en los ojos hasta que no le quedaba más remedio que absorberlas con la manga de la camisa.

Cuando al fin consigue llegar, abre la bolsa que ella misma ha hecho con trozos de tela reciclada y rebusca. Se amontonan mil cosas sueltas, flotando sin ningún orden descifrable entre el que se pierde su mano. No encuentra las llaves y no se podrá controlar por mucho más tiempo. Está a punto de estallar. Tiene la piel suave, como la de un bebé, y las mejillas coloreadas después de haber subido las escaleras, los ojos grandes casi siempre bien abiertos se empiezan a hinchar debido al llanto que se aproxima. Nada, las llaves no aparecen. Imposible no llorar ahora, de cualquier forma vive en un quinto piso y sólo tiene un vecino por encima, así que lo más probable es que nadie pase por allí en las próximas horas.

Llora. Y después de unos minutos lo hace ya sin ninguna contención así que se le acumulan lágrimas, mocos, y no puede evitar tomar aire sin ritmo alguno, llevada por pequeños impulsos aspirando y expirando sin control.

Ya que está llorando aprovecha para soltarlo todo, puede que sea algo masoquista o puede que no sea más que una forma razonable y útil de dejarse sentir. Por lo general lo hace, me refiero a lo de dejarse sentir, es una persona sensible a la vez que alegre y extrovertida, pero siempre tiene bajones, no recuerda ninguna etapa prolongada de su vida en que no apareciesen esos ataques de ansiedad en algún momento. Muchas veces eran casi provocados, como terapia que de alguna manera disfrutaba, pero últimamente creía que surgían con una base mucho más lógica, los sentía más rotundos e impredecibles. Al fin y al cabo en los últimos años nada había sido estable, nada predecible. No, en realidad eso no es verdad, al menos no en el sentido negativo que se le presupone, lo que pasa es que en momentos así analiza las cosas de una forma un tanto pesimista, convenciéndose a sí misma de que lo hace críticamente. Y ahí está, sentada en el peldaño de la escalera, tapándose los ojos con las manos en un acto reflejo que lleva al ser humano a ocultar su dolor, aunque en este caso no haya siquiera quien pueda verlo. La bolsa quedó hace rato apartada sobre la alfombrilla, que tiene un dibujo con dos huellas negras de zapato y está nueva.

Cuando ya lleva un rato aquí sentada, parece que el llanto surge efecto y actúa como un sedante emocional que poco a poco calma la respiración y apaga el flujo de lágrimas. Piensa en cómo cogió el llavero esa mañana, lo recuerda claramente, así que repasa los momentos en que abrió la bolsa a lo largo del día. En el restaurante no, llegó y la dejó como siempre en la estantería que está antes de los fogones, y al salir sólo se quitó el delantal, en la cafetería Pepita

le había devuelto una camiseta que guardó en un bolsillo exterior, después de eso pagó un kebab de falafeles pero llevaba el dinero en el bolsillo del pantalón, y hasta este momento de reflexión no se había vuelto a parar en ningún otro sitio. Ahora que lo piensa no sabe si el haber visto a Pepita tiene algo que ver con las lágrimas. Aunque nunca se imaginó el resto de su vida con ella, no puede olvidar que fue la razón por la que se vino aquí.

Le gusta este lugar, en seis meses se ha asentado y ha encontrado un ritmo de vida. Es la quinta ciudad en los últimos seis años y ahora ha decidido con rotundidad que se quiere quedar, que está cansada de construir para dejar atrás y que no tiene fuerzas para empezar de nuevo en otro sitio, no le importa la razón que le hizo llegar, tan solo que de alguna forma se siente como en casa. Además los nuevos sitios traen nuevas gentes y esfuerzos renovados por iniciar relaciones interpersonales, por construir las cosas que conforman la vida social y también la laboral. Aunque del trabajo mejor no hablar, en realidad nunca se ha tomado en serio ninguno de los que ha tenido, han sido fuentes de ingresos necesarios, sin más.

Ya que no tiene llaves y encontrándose mejor, se ve capaz de hacer un par de llamadas.

Dos, solo dos son realmente adecuadas en ese momento. Todavía no tiene muchos amigos en la ciudad y no le apetece pedir ayuda a nadie a quien haya que dar demasiadas explicaciones. Coge de nuevo la bolsa y al hacerlo le parece escuchar un tintineo, ni siquiera piensa en la posibilidad de que las llaves aparezcan así que no le da importancia y toma el móvil. Primera llamada: no hay respuesta, es un tipo ocupado y se acaba de echar novio así que hace ya unas semanas que poca gente le ve el pelo. Segunda llamada: salta el buzón de voz al tercer toque, odia hablar con máquinas, que le cobren una llamada que no utiliza y encima quedarse sin palabras unos instantes antes de reaccionar y colgar.

Las lágrimas se le vuelven a agolpar, nota cómo la mucosidad que le impedía tomar aire por la nariz se crea de nuevo, tiene ganas de gritar y está a punto de hacerlo cuando de repente se cierra la puerta del portal. Es un portal viejo y la puerta golpea con fuerza si te olvidas de acompañarla con la mano. Alguien ha entrado pero no se oye el ascensor así que parece que también sube por las escaleras. Piensa que es agradable no ser la única vecina que no utiliza el ascensor pero de inmediato se pone en guardia porque podría ser el vecino del sexto, que tendría que pasar irremediabilmente por delante de su puerta y que también irremediabilmente la vería en esas condiciones. Se seca las lágrimas, se levanta por instinto y mira hacia arriba y hacia abajo, está paralizada hasta que decide subir y pasar del sexto hasta los trasteros, allí nadie la verá y podrá recuperarse del todo hasta decidir de nuevo qué hacer. Así que coge la bolsa, al hacerlo con cierta brusquedad vuelve a escuchar el tintineo, esta vez lo oye, su cerebro procesa la información y su mano encuentra las llaves a la primera, en el bolsillo interior cerrado por un botón amarillo fosforito. Los pasos se acercan. Falla en el primer intento de meter la llave en la cerradura. Finalmente la llave gira, se abre la puerta y ella entra. Respira hondo, ahora que está en su piso, ese que sigue intentando convertir en casa, en hogar, y donde no hay nadie ni nadie puede entrar sin su conocimiento, lo intenta. Lo intenta pero ahora no es capaz de llorar así que frustrada tira la bolsa contra la puerta y empieza a desnudarse.

No sabe si está soñando o viviendo porque hay una nube no visible frente a sus ojos, escucha un grito agudo y lejano, parece real como en una película. Deja cada cosa donde le coincide que caiga, al lado del radiocasete quedan los calcetines, sube el volumen casi al límite y se mete en la ducha. Una ducha larga y caliente, el baño va a quedar bien cargado de vapor, es su

forma de poner punto final a las tensiones y empezar un nuevo día cuando ya casi es de noche.

* *

En el sexto.

Desde el piso de abajo retumban los graves de una canción en las paredes. Cuando subía las escaleras vio por primera vez a la que era su vecina desde hacía un tiempo, en realidad vio solo un resquicio de sus piernas y un pañuelo verde. Después, cuando entraba en su casa, oyó un golpe en la puerta y tuvo ganas también ella de hacer ruido, así que cerró dando un portazo y soltó a la vez un pequeño pero intenso grito, salió agudo y le hizo gracia recordar las típicas viñetas con sopranos desafinadas que rompen copas de cristal.

Hace ya días que reflexiona en torno a una idea un tanto triste. Y todo tiene sentido, racionalmente no encuentra una excusa pero llora, lo había estado haciendo a lo largo de las últimas horas, pero lo había hecho en silencio (sonoro y visual), sin lágrimas en los ojos que tan solo brillaban un poco más de lo habitual. Así que, como de costumbre, nadie intuyó nada y su imagen continuaba siendo la de una mujer fuerte, pero fría también. Puede que ni siquiera ella misma haya sido consciente de este llanto tan común en nuestros días y ahora que está en casa se desmaquilla y no ve tristeza en sus ojos, están ahí, como siempre, mirándose la piel cansada. Ciegos.

Desecha la posibilidad de acostarse porque a pesar del cansancio no tiene sueño. Y aunque es ya de noche no se pone el pijama, como acostumbra a hacer cuando está en casa. En lugar de eso se sienta en el sillón, es el sillón de pensar, negro, imitación de cuero. Y sentada pasa la noche.

En silencio (sonoro) cae su primera lágrima en mucho tiempo, certificando lo que no sabía, que la de llorar es una facultad que no se pierde pero de la que a veces olvidamos hacer uso. Y con esa primera lágrima que le recuerda el poder redentor del llanto vienen muchas más a lo largo de las horas nocturnas. También vienen a su mente sueños frustrados, las razones que frustraron los sueños y frustraciones originadas por ello. Lloro. Se le hinchan los ojos y se enrojecen, coge un rollo de papel higiénico del baño, se lava la cara en varias ocasiones, se levanta mil veces y se sienta de nuevo otras tantas.

Silencio roto por lloros, así transcurre la noche del martes. Cuando es ya tarde y empiezan a secarse sus mejillas, justo en el instante posterior a sonarse con fuerza y volver a respirar, escucha a su vecina del quinto y recuerda haberla visto mientras subía las escaleras. Sin saber porqué vuelve a llorar. Cada vez que cree haber terminado, como si se tratase de un proceso controlable, algo la hace empezar de nuevo, sin sentido, sin razón aparente.

* *

Se asoma a la ventana después de la ducha, deja que el vapor salga por entre los cristales arrastrando cadenas como las de un fantasma, ve esa noche el cielo limpio lleno de estrellas y cuando apaga la luz sabe que en realidad la enciende porque sus ojos se iluminan reflejando las constelaciones. Si estuviese con alguien en ese momento – piensa- se lo diría, le recitaría un

poema improvisado que de cualquier forma le habría parecido cursi y falso, sobre las estrellas y las luces. Sin embargo es verdad, también ella lo sabe porque siente su brillo en las pupilas y un calor lejano. Puede que el efecto estelar haya penetrado por el nervio óptico, retorcido las imágenes el cerebro, mezclado todo el inconsciente y haya acabado la razón haciendo acto de presencia en toda esa locura ensoñadora. Lloro de nuevo. No había perdido el móvil, no había perdido las llaves, no tenía frío ni sueño, no hambre ni sed. Y más lloro cuando cree que no tiene razón para hacerlo.

* *

Se queda de pie toda la noche asomada a la ventana. Deja caer lágrimas tranquilas, no siente la necesidad de gritar y su respiración es pausada y rítmica. Se limpia a la manga de la camisa cada vez que la acumulación lo requiere, su pelo se seca en medio de esa corriente artificial de aire. Fuma un par de cigarrillos que saben a sal, porque mientras los liaba no podía evitar que cayese sobre el papel algún resquicio que se desprendía de sus mejillas. Se recuerda fumando en la playa, sentada a la orilla del mar. Pasa así la noche, asomada a la ventana.

El miércoles amanece gris lluvioso frío ausente. Un día perfecto para quedarse en casa, perfecto para ser festivo. Se va a quedar en casa. Sus ojos están hinchados. Así es como el miércoles se convierte en domingo. Y los domingos no se trabaja porque, aún siendo agnóstica o directamente atea, los domingos siempre serán el día en que el dios occidental por antonomasia descansó. También los seres humanos, no todos, sólo los que pueden, descansan tal día en el occidente de orígenes cristianos.

* *

Pone agua a hervir, prepara una bandeja con una taza, con el azucarero, una servilleta con una flor bordada. Se acerca a la estantería y (h)ojea las pastas de los libros, tiene pocos aunque lee muchos. Intenta encontrar algo pero al no saber qué busca le resulta difícil. Suena la tetera, como los trenes, en un tren había conocido a un polaco que le contó como cada vez que soñaba con su país una sirena le despertaba y le recordaba que estaba lejos de él, se levantaba entonces y comía *pierogi*, siempre tenía *pierogi* en la nevera.

Deja reposar el té cinco minutos. Cuando se va a servir suena el timbre, probablemente el cartero, publicidad, una encuesta, los testigos de Jehová o alguna causa en la que no cree, porque no cree en nada en este momento de su vida. No hace falta decirlo pero lo digo: no abre la puerta, se queda un segundo inmóvil con la tetera suspendida en el aire y una gota de té a punto de caer sobre sus pies descalzos. Le gusta sentir el suelo en la planta desnuda de los pies, el frío o el calor, migas de pan en la cocina.

Ella ha decidido quedarse en casa aún sabiendo que probablemente sea la gota que colme el vaso. De cualquier forma es un trabajo de mierda, sus jefes son unos explotadores y el restaurante pertenece a una empresa más dentro del sistema que convierte a la clase media en hipotecados deudores, a la baja en más pobres, a los que pretenden subir escalones en esclavos y a los ricos en más ricos. No le importa. Quiere quedarse en casa y cocinar. No hay sal, queda una pizca pero no es suficiente porque aunque sabe que no es sano le gustan las comidas bastante saladas. Abre la puerta, se abrocha la chaqueta y sube las escaleras, nadie abre en el sexto. Baja al cuarto, nadie. En el tercero nadie. El segundo es una clínica de algo y el primero un viejo cascarrabias. Vuelve a casa sin sal. No importa. Coge la pizca que le queda, harina,

huevos, azúcar, chocolate negro, pasas, levadura. Sonríe. Hornea un bizcocho esponjoso cuyo olor se cuela por los huecos de un edificio construido mal y a rastras, una obra que explotó a 20 trabajadores magrebíes y empleó a unos 15 obreros de la tierra que se quedaron sin el parque donde pasaban los domingos en familia, sobre el que se edificó con permiso del ayuntamiento y de los dos concejales que conducen desde entonces dos coches nuevos.

* *

Saliva como los perros de Pavlov al oír la campana. Deja la taza de té sobre la mesita que está frente a su sillón negro imitación de cuero y toma aire para saborearlo. Sabe que es su vecina del quinto porque desde que se ha mudado el olor mundano desaparece del edificio, que se convierte en un lugar perfumado por manjares al menos una vez al día, generalmente por las tardes, cuando se aproxima la hora de la cena. Hoy parece ser una excepción y se imagina un bizcocho esponjoso saliendo del horno en esa mañana gris. La imagen se convierte en deseo. Pero antes de nada ha de llamar a la oficina, inventarse un resfriado, fingir tos, ha aprendido a mentir precisamente porque así lo requería su trabajo, por lo que lo que antes era un esfuerzo es ahora pura rutina. Después puede bajar a la calle y comprar algo dulce, un sustituto al bizcocho que jamás ha sabido hornear.

Pasos, pasos bajando escaleras, peldaños de dos en dos cuidándose de no caer. No suenan a tacones, son pasos de mujeres. Se cae una cartera, alguien se agacha a recogerla. Sigue bajando de dos en dos y se topa con un trasero detenido en un peldaño. Como unas cosas llevan a otras la cartera vuelve al bolsillo y de alguna forma absolutamente espontánea:

- Tu bizcocho me ha dado hambre y con las prisas...

Las prisas no son buenas, se caen carteras, se producen atropellos, surge el estrés y con él vienen las depresiones, las discusiones, la dejadez, los dolores de cabeza que pasan a ser jaquecas, algunas enfermedades, puede que el cáncer, también la falta de comunicación y por tanto la pérdida de valores antes imprescindibles.

- No te preocupes, yo bajo sin prisa, he decidido que hoy es domingo.

Y la vecina del sexto abre los ojos y se da cuenta de que también ella ha decidido que hoy sea domingo, aunque no lo había expresado con esas mismas palabras y ahora al escucharlas le parece incluso una idea poética, cargada de significado y hermosa. Se da cuenta de que esta mañana, al decidir quedarse en casa, ha llevado a cabo un acto lírico.

Pues que si yo también me estoy tomando el día libre, que si tengo un té hecho en mi casa, que si yo tengo ese bizcocho que te ha hecho bajar a comprar algún sustituto barato. Dos personas en un momento sensato deciden compartir lo que tienen y así un té será acompañado por un trozo de bizcocho.

* *

La vecina del quinto se acomoda en el sofá. Ella está en su casa y se sienta en su sillón de pensar, imitación de cuero. Ninguna habla. Sin embargo no sienten la necesidad de hacerlo y tampoco les incomoda el silencio. Las palabras sobran cuando no son necesarias.

CAPÍTULO DOS

Dejando atrás el miedo que tenía era una persona sin trabas porque no topaba con ninguna lo suficientemente fuerte como para imponerse a sus ganas de hacer algo. Aunque superar ese primer instinto represivo no siempre le resultaba sencillo. Lo había conseguido en algunas ocasiones que siempre habían dado como resultado algo magnífico. Pero últimamente, y me refiero con ello a un periodo de años, está anclada en una vida que no es la suya y no es capaz de encontrar su camino. Mientras le cuenta todo esto deja que su té con menta fresca se enfríe, remueve con la cucharilla y mira fijamente el remolino que se origina en el centro de la taza. Es una mujer reflexiva, sus gestos son pausados aunque no carentes de expresividad, también sus ojos se mueven con calma de modo que parece que un mapa de gran precisión se esté delineando a cada momento en su cabeza. No es la primera vez que está en casa de su vecina, en las últimas semanas se han encontrado a menudo por azar y han tomado algo en uno u otro piso, pero todo es nuevo, aunque a la vez se le hace tan familiar que se siente como en casa, quizás más de lo que en la suya propia.

Fuman un cigarrillo y una canción le ha recordado alguna historia sin miedos, como los que siente ahora cuando por ejemplo imagina que no encuentra otro trabajo.

- Antes podría haber sido una señal, una suerte de puerta abierta a algo nuevo y emocionante
- puede hablar en voz alta como si lo hiciese consigo misma - le hubiese dado un sentido y sería algo positivo. Ya no.

Mientras su vecina habla puede ver en sus ojos la tristeza contenida, aún así brillan de una manera especial, como si la energía perdida hubiese dejado un rastro imborrable. No la acaba de entender pero respeta profundamente su sentir, porque la escucha. Los que no escuchan son los móviles y por mucho que avance la tecnología no podrá jamás sustituir a la intuición y a la sensibilidad humana. Nadie hubiese interrumpido un momento de reflexión introspectiva semejante, lo hizo un teléfono, nadie lo hizo. Contesta mientras se tapa con la manta.

- No, estoy en casa de mi vecina -justo después de descolgar -, acabo de llegar. Es también una amiga y estamos haciendo un té... ¿lo dejamos para otro día?

El té es una excusa mitad mentira mitad verdad porque al fin y al cabo ya ha dejado de humear. Sin embargo antepone en sus palabras ese hecho a su voluntad, le otorga toda la importancia y así no desvela lo que siente al respecto pero consigue lo que quiere. No le apetece ir al zoo con ningún amigo y menos con sus hijos, no le apetece aguantar a una familia que ni siquiera es la suya. Bastante tiene consigo misma, piensa.

Y esa frase. Recuerda esa frase en otro contexto, sabe que en algún momento esa conjunción de palabras le produjo rechazo. Aunque lo intente, el ser humano nunca es capaz de comprender/interiorizar algo hasta que no lo ha experimentado por sí mismo. Y esa frase que un día respetó sin entender, cobra ahora todo el sentido. Aunque aquella era una situación no comparable a esta, por su naturaleza, era suficiente el nexo de unión. Bastante tengo conmigo misma, bastante tengo conmigo misma, bastante tengo conmigo misma...

Vivía en un apartamento cerca de Marigny Street por aquella época, en un barrio predominantemente negro, en una ciudad del país de las oportunidades, del país demócrata por excelencia... de un país tan hipócrita como todos los demás en que todavía se pueden calificar los barrios de peligrosos según el color de la piel de la mayoría de sus vecinos. Volvía a casa de aquel trabajo que la había llevado allí y de una ventana abierta salía algo de humo, aunque como pudo ver al asomarse la mayoría flotaba, denso, en el interior de esa habitación de paredes rojas. Los transeúntes están acostumbrados a los sonidos constantes del jazz, siempre en alguna calle suena la melodía de los Santos bajando en procesión. Sin embargo su oído, su cerebro, en última instancia sus piernas, todavía no se habían acostumbrado, ojalá nunca lo hiciesen, a la música espontánea de cada esquina, así que la apreciaba con el valor añadido de lo inusual. Se sentó en un escalón de aquella casa de madera con mil capas de pintura desconchada porque escuchó una voz profunda que la retuvo, como los cantos de las sirenas.

La voz. Una mujer con el pelo recogido hacia atrás, tirante, sonrisa clara que desprende una luz azulada en contraste con su piel negra. Un pequeño grupo sentado en el sofá rojo fuma mirando con admiración a esa mujer que sonríe cuando empieza a cantar. En la habitación sigue girando un ventilador de aspas largas de madera que producen un silbido a veces inaudible, siempre rítmico. Las gotas de sudor brillan en sus mejillas, resbalan hasta perderse en sus ropas etéreas que dejan entrever probablemente más de lo que pensó esa mañana al vestirse. Vocaliza casi exageradamente, las palabras se hacen largas en su boca como si las paladease. Al fondo de la habitación un viejo vinilo girando, suenan las motas de polvo bajo la aguja. En el suelo, los pies inquietos de los cuerpos inertes en el sofá marcan pasos y esa mujer de voz prodigiosa les da la réplica con una mano cayendo sobre su

pantorrilla y la otra chasqueando los dedos. No hay micrófono pero la voz se hace oír, es una escena improvisada en una casa cualquiera, no requiere de contratos ni entradas, no sabe nada sobre derechos de autor ni le importa la calidad última del sonido.

Y ella, en aquel escalón, no podía evitar el movimiento acompasado de la cabeza, de los hombros. Con los ojos cerrados se había escondido entre los brazos cruzados sobre las rodillas y como si estuviese ciega, percibía profundamente la canción, pero no la podía abstraer del resto del mundo, así que también sentía el motor de un coche que pasaba cerca con las ventanillas abiertas y la radio encendida, y un grupo de niños que corría detrás de una pelota extraviada, un disparo cercano que hizo el silencio. Un disparo. Seco, rápido y a la vez prolongado por ondas expansivas que parecen querer gritar.

Al levantar la cabeza caía un cuerpo a cámara lenta sobre el asfalto ardiendo. Un hombre corpulento corría. La anciana que se columpiaba en una hamaca colgada en la esquina del porche blanco descolorido paraba en seco su vaivén. El vinilo, por voluntad del tiempo de las casualidades o quizá asustado por el disparo, dejaba de sonar. Nada ni nadie puede romper el silencio que sigue a una bala mortal, es posible que sean nuestros sentidos los que se desconecten momentáneamente o puede que el mundo de los sonidos se pare. Sea como sea no se escucha nada ni se emite nada. Nada, hasta que desde el interior de aquella habitación de paredes rojas la frase que la ha llevado a recordar esta historia es el preámbulo de una nueva canción, y la voz profunda que cantaba un blues triste se mofa ahora de la realidad con notas casi alegres, con palabras casi optimistas, con ritmo casiailable. Es un casi porque aquella mujer que sonreía cantando el blues que retuvo a la vecina del sexto en el escalón, dejaba ahora caer lágrimas que se confundían con el sudor.

Sin demasiado alboroto, al igual que estamos todos insensibilizados ante las muertes diarias por injusticias como la guerra o el hambre, el cadáver fue retirado por una ambulancia y un coche de policía despejaba rápidamente, sin preámbulos ni preguntas, a los pocos curiosos que se habían acercado. Fue un disparo más.

CAPÍTULO TRES

En la radio hablan de la guerra del Congo, una guerra civil poco conocida provocada por el coltán, un mineral tan dañino fuera de su entorno como necesario en el nuestro propio, dominado por la tecnología que lo necesita. En un mail que había recibido se enumeraban todas las guerras abiertas que ocurrían en el mundo en aquel mismo instante en que el timbre de su casa sonaba.

Al abrir la puerta la cara de su vecina refleja el mismo cansancio con que le había contado la historia de aquel disparo. Ha bajado con una tetera que exhala el vapor dulzón de aquella infusión con ramas troceadas de canela que ya habían tomado en otra ocasión. Saben ambas que no es necesario, que no hace falta bajar o subir con algo bajo el brazo, pero también a las dos les gustan esos momentos en parte porque suponen un intercambio no comercial que aporta mucho más, más allá de lo material. Es un gesto que define muy bien el acto de compartir que también llevan a cabo con sus conversaciones. Conversaciones a dos bandas, a una sola, dos personas, miles de personas que son en realidad una sola, un ser, La persona.

* *

Mientras su vecina acaba de escribir una carta, ella se descalza y acomoda en el sofá. Han dejado el té sobre la mesa y cogido un par de tazas un poco cascadas, una de ellas sin asa, además del azucarero repleto de panela (porque también los nombres engañan, y lo que es azúcar no lo es). Ya es casi de noche pero todavía hay luz suficiente como para no encender

más que un par de velas, fumarán hoy un perfume fresco y penetrante que no necesita ser disimulado más que ante autoridades del estado en servicio.

- Llevaba seis meses para escribir esta carta - dice todavía sentada frente a la mesa de la sala
- y por fin hoy me he puesto con ello, por fin me ha apetecido.

- Es bueno esperar a que algo te apetezca para hacerlo - la apoya - el resultado es siempre más sincero.

Cierra el sobre y escribe por último la dirección.

- Este hombre al que escribo es un poeta de la calle que me salvó del olvido de las sonrisas.

Con estas palabras sabe que no quiere llamar la atención o crear un halo de misterio en torno a su vida, la conoce poco pero intensamente y sabe que lo que dice, igual que lo que hace, es sincero. La sinceridad con uno mismo lleva a la sinceridad con lo demás, suele tener efectos positivos aunque a veces traiga consigo unos primeros impulsos dolorosos.

- Hace bastante tiempo que no escribo una carta.

- A mí me gusta escribir cartas, a puño, aunque desde mi llegada todavía no había escrito a nadie.

- La descripción de *poeta de la calle* hace que me imagine a un hombre interesante del que estuviste profundamente enamorada.

- No me interesan los hombres en ese sentido, tampoco este.

- Ahora me imagino a un hombre todavía mucho más interesante del que quizás yo, sí que me podría enamorar.

- No lo sé, puede que sí, aunque la diferencia de edad sería grande seguro que os sabría escuchar, sabía hacerlo muy bien y cuando hablaba era porque realmente tenía algo que decir, jamás escuchabas salir de su boca palabras intrascendentes, no por ser siempre profundas sino por adecuadas en el contexto.

* * *

En la primavera del año pasado, cuando el clima ya permitía dejar el abrigo en casa después de un largo y frío invierno berlinés, había paseado mucho recorriendo las calles de la ciudad. Los pasos la llevaban sin rumbo, a veces atravesaba en bicicleta Kreuzberg para visitar las galerías de arte que se agolpaban en Neukölln. Y uno de esos días un carrito de la compra se cruzó en su camino, más bien se ató a su destino. Había dejado la bici apoyada en una farola con el candado puesto y al volver a buscarla ese carrito estaba amarrado a su rueda trasera. Aunque no tenía prisa lo primero fue un enfado frustrado que no solucionó nada. Tendría que esperar al dueño si quería volver a casa pedaleando o decidirse por caminar y regresar al día siguiente. Se sentó cerca, en el suelo, y se lió un cigarrillo, mientras lo hacía recordó que no había razón alguna para no esperar y llegó incluso a olvidarse de bicicleta o carrito alguno.

Estaba en una de las calles que cruzan Sonnenallee así que aprovechó para comprar fruta en uno de los comercios turcos y dio un paseo. La gente ya salía sin miedo al frío, empezaban a verse gafas de sol e incluso los más calurosos se quedaban en manga corta, los parques olían a

barbacoas y la vida social se había trasladado a las zonas verdes de la ciudad, que allí eran muchas. Las bicicletas no se quedaban estancadas en la nieve así que había menos coches, se acercaba el verano. Cuando empezaba a oscurecer volvió a la farola. Allí seguía aquel carrito que había llegado a olvidar, atado irremediablemente a su rueda. Podría intentar forzar el candado del carro aunque no lo haría con mucha convicción y acabaría dándose por vencida. No sabía lo que quería hacer, sólo sabía que quería su bicicleta, como si en un enfado regresivo volviese a ser una niña caprichosa. Y mientras llegaba a esa última conclusión un hombrecillo envuelto en ropas innecesarias en aquel caluroso día, se acercó con calma a la farola. Sacó de las profundidades de un bolsillo lleno de remiendos una pequeña llave y liberó el carro, que seguía tapado por una manta de cuadros. La manta ocultaba tesoros que el capitalismo disfrazado de consumo había considerado basura y que aquel hombre había rescatado del olvido o de la muerte prematura.

Ella se acercó también a la farola y sin decir nada desató la bici, aquella extraña presencia la había calmado al instante. Sonó su teléfono, contestó, el interlocutor hablaba alemán demasiado rápido y preguntaba una y otra vez por una tal Josephine. Estaba claro que se había confundido. Entonces el hombre del carrito le dijo algo, se dirigía a ella aunque el nombre que utilizaba no era el suyo, Josephine, así la llamó. Se giró mientras guardaba el móvil y vio como aquel hombre la miraba con una sonrisa afable y extendía su mano a modo de presentación.

- Mein name ist Sebastian oder Sebastián.

Sebastián era español, medio ruso, medio alemán. Era un Niño de la Guerra que tendría unos setenta y pico años, quizá más. Que no recordaba el pueblo en el que había nacido, ni había vuelto a ver a sus padres (probablemente muertos en la contienda) y que hablaba un poco de castellano con un inconfundible acento del este. Fumaba tres cajetillas diarias de tabaco y no bebía agua.

Su vecina tose interrumpiendo intencionadamente el relato.

- ¿Tienes un cigarro por aquí?

- No, pero tengo la pipa... deberíamos de dejar el tabaco, sobre todo por no ser solo tabaco.

- Me pregunto si Sebastián... bueno, si fumaba tanto, no bebía agua, supongo que aquí te habrás permitido una exageración literaria...

- Bueno, había tenido dos ataques al corazón, el primero cuando había dejado de beber, el cuerpo se acostumbra a lo bueno y a lo malo así que según decía, el médico le recetaba whisky a diario para evitar el tercero y el tabaco simplemente no lo podía dejar. Años y años de películas en que el cigarrillo era parte fundamental del atrezzo, ninguna cajetilla amenazante podía ahora competir con eso. Nos dan y nos quitan a antojo de mercados y políticas pero mi cuerpo ya no se adapta a más novedades, cada vez que encendía uno se lo repetía a modo de disculpa. Así que probablemente no, no tenía muy buena salud, no tener casa tampoco le ayudaba. Pero compensaba el estado físico con el estado de ánimo. Todavía nos escribimos cartas. Espero que después de haber tardado tanto en escribir esta última me llegue la respuesta en un sobre a nombre de Josephine, porque él nunca dejó de llamarme así.

Aunque Sebastián no conocía su nombre llegó a conocerla bastante bien a ella. No fueron muchas las veces que se vieron pero ya sabemos, o deberíamos de hacerlo, que importa más la calidad que la cantidad. Los encuentros que siguieron al día del carrito fueron más o menos casuales, aunque ella sabía cómo provocarlos pues era un hombre conocido en el barrio, todo el mundo lo había visto alguna vez reciclando comida o cosas varias en los contenedores cercanos. Y ella lo había visto también dejar creaciones en esquinas concurridas o solitarias, eso lo hacía cuando estaba solo, como si en esos momentos fuese pudoroso ante las miradas ajenas. Pintaba sobre cartones que recogía en la calle, paisajes urbanos invadidos por naturaleza incontrolada, libre. En una tienda de manualidades conseguía las pinturas y los pinceles. Se los daba el dueño, el viejo Klaus, que no se quería jubilar por miedo a la tristeza y que llevaba toda una vida regentando aquel pequeño comercio que había dejado de dar suficientes beneficios después de que el centro comercial abriese en una esquina de Karl Marx Strasse. Klaus, que tenía la misma edad que Sebastian, dos vidas marcadas por el nazismo de muy distinta manera. La cuestión es que bajo esa manta de cuadros se agolpaban pinturas en cartón con tesoros rescatados. Y cuando salía de trabajar pedaleando cansada hacia su casa, con los pies doloridos y las manos arrugadas después de horas fregando, se desviaba un par de calles de su ruta y acompañaba a Sebastián dejando paisajes verdes con fondos grises en los sitios más inesperados.

No hablaban demasiado pero se comunicaban mucho. Y entonces ella, en sus horas libres, empezó a pintar también. Los suyos eran cartones con formas humanas amándose, mujeres con mujeres, hombres con hombres, parejas heterosexuales, bocas y besos. Eran cartones de amor. Algunas veces pintaba abrazos a troncos centenarios y otras veces formas abstractas, asexuales pero humanas. Y juntos hacían sus exposiciones anónimas en la calle.

CAPÍTULO CUATRO

Mientras coge las cartas que se han caído del buzón, ve letras. Lee palabras y se da cuenta de que hasta ese momento ha desconocido el nombre de su vecina.

Los nombres son importantes, no por sí mismos sino por toda la información que acaban conteniendo. Era por tanto más que lógico, útil, el conocer el de su vecina, que dejaba de ser alguien, una persona más dentro de la marabunta que nos rodea, y se convertía en Raquel. Una chica de piel suave que se colorea fácilmente, pelo castaño e impredecibles ojos verdosos. Una chica a la que le gustan las chicas, de rostro afable, largas pestañas, una chica que vive en el piso de abajo y escucha música a altas horas de la noche.

- Hoy he descubierto que te llamas Raquel. Ni Josephine, ni vecina, ningún pronombre.

-Sí, aunque la mayoría de mis amigos españoles me llaman Quela.

- ¿Y los demás amigos?, me refiero a los que no son españoles.

- Depende pero Quela es fonéticamente igual a *desván* en alemán, así que allí soy Raquel con acento impronunciable, y ahora soy yo la que está en desventaja comunicativa.

- Me llamo Marta.

Pues ya está, las presentaciones nunca se le han dado bien a quien escribe pero parece que finalmente estas dos mujeres lo han hecho por sí mismas y sin ningún protocolo, guiadas por las circunstancias. Son importantes los nombres pero claro, lo son más las personas.

Ahora ya son Raquel y Marta quienes están sentadas en esa terraza, dos personas que emanan lágrimas diferentes y cuyas sonrisas seremos capaces de distinguir. Ha pasado un hombre alto cargado de cedés y películas en envoltorios no originales, era joven, de rasgos africanos. En alguna mesa le compran el último taquillazo hollywoodiense, recaudación de miles de millones en taquilla, de tantos miles y millones que ninguno de los presentes sería capaz de imaginar. Marta bebe un café con leche y Raquel va por el tercer vaso de agua, hace calor y ha estado todo el día caminando con una carpeta llena de currículos bajo el brazo y un mp3 dando ritmo a sus pasos cansados. Desde aquel miércoles convertido en domingo se ha quedado sin trabajo y como no tenía contrato no hay nada más que decir al respecto.

- ¿Cómo te ha ido la búsqueda?

- Pues la has definido muy bien utilizando el término búsqueda porque parece que mi objetivo es un tesoro y en los mapas que tengo la x no aparece. No hay trabajo, aunque ahora que llega la época estival es probable que surja en algún momento algo. Por ahora puedo pagar otros dos meses de alquiler, así que ese es el plazo para descifrar las incógnitas del mercado laboral o hacer un máster a lo Sir Francis Drake.

Hoy Marta tiene mala cara, está pálida, le cuenta a Raquel (así la sigue llamando ya que al fin y al cabo fue el primer nombre que asoció a su persona tras leerlo en el buzón) las menudencias del día, la compra que ha hecho pensando en una receta que cocinaba su madre cuando era pequeña, la cita que ha pedido al médico para una revisión general y las mil y una llamadas que ha tenido que hacer en el trabajo.

- Puede que también yo deba imprimir algunos currículos.

- Hazlo.
- No tengo fuerza para dejarlo todo y empezar de cero.
- El trabajo no es todo lo que podrías dejar y todo cambia.
- No sé.

No sabe. Muchas veces no sabemos de forma consciente. Pero sabemos. El sol descende, las sombras de los edificios se pronuncian a cada minuto, brisa fresca en las terrazas y las chaquetas vuelven a tapar hombros desnudos. Las dos vecinas se levantan al unísono, parece que el sol esté haciendo un fundido natural en el día de ambas que se apaga con cansancio acumulado, para una debido al exceso de trabajo, para la otra por la búsqueda de uno. ¡Qué mal repartido está el mundo!

* *

Ya retirada de la vida social se deja caer en el sofá, con el pijama puesto y un libro sobre su regazo cuyas pastas ni siquiera llegará a abrir. Los párpados pesan como hipnotizados y el cerebro todavía despierto ya no es capaz de mover la mano derecha, sobre la que reposa uno de los primeros mosquitos de la estación. Las ventanas del edificio están en su mayoría abiertas, el sonido de las televisiones se entrecruza de modo que se confunden las voces de los distintos canales. Las luces dentro de las casas son tenues, algunas ya están completamente a oscuras, generalmente la última en apagarse es la del viejo cascarrabias del primero, que se duerme en el sofá con la televisión encendida y permanece inerte sobre sus posaderas hasta que el sonido de alguna explosión en una película lo despierta.

CAPÍTULO CINCO

Nunca antes se había fijado pero hay un cartón pintado sobre la estantería de la sala. Aunque no está firmado Marta sabe al instante que el autor es Sebastián. Le intriga esa figura que imagina diminuta recorriendo las calles de Berlín, envuelta en un abrigo demasiado grande y empujando un carrito de la compra, un hombre por el que tanto apego siente Raquel, del que no ha visto fotos pero que se había autorretratado convertido en árbol en aquel cartón que ahora descubría sobre la estantería.

Puesta a imaginar se deja perder entre las posibles letras de la carta que Josephine había escrito a Sebastián. La que sigue a continuación es un híbrido entre lo real y lo imaginado, lo que Raquel escribió y lo que Marta lee sin ver.

Mi querido camarada Sebastián;

Aquí las calles no son las mismas, no por ser esta otra ciudad sino porque en ninguna esquina me encuentro paisajes sobre cartón. No hay arte libre aunque hay mucho arte emparedado, muchas galerías con obras que fueron hechas para ser vendidas. Nadie recoge un árbol hermoso de colores inventados para poner en el cuarto de sus hijos, en ningún contenedor se levanta una montaña nevada, lo extraño, y porque lo extraño espero que lo sigas haciendo con la misma intensidad de siempre, creando diminutos y expansivos momentos de armonía entre caras anónimas.

Por supuesto sigo reciclando aunque aquí no encuentro tantas flores a las que dar una segunda vida más allá de su maceta de plástico y el código de barras. En mi casa tengo un pequeño jardín y a la primera planta la he llamado Florinda, en honor de aquella menta a la que tantos poemas leí. Poemas de Walt

Whitman, el único libro que había metido en mi maleta casi por azar y que intencionadamente deslicé en el interior de tu carrito la noche que me fui. Quizás me hayas recordado en algún momento leyéndolo, gran honor el ser recordada con grandes palabras.

Desde hace algunas noches no consigo dormir de verdad. Cierro los ojos, dejo de oír y ver lo que hay a mi alrededor en esta habitación que todavía estoy haciendo mía, pero no descanso, no sueño. Alguna vez habíamos hablado de ese relato de Capote en que una mujer vende sus sueños hasta que al final descubre que no es nada sin ellos. Yo tampoco soy nada si no sueño. Trabajaré en su recuperación, tanto despierta como dormida.

Estoy otra vez buscando trabajo. Del último me han echado después de un miércoles que decidí debería de ser domingo. Y ahora, cuando se supone que tengo más tiempo realmente no lo tengo porque lo (mal)gasto buscando algún contrato. De cualquier forma sigue siendo este un tema banal dentro de su necesaria presencia en la supervivencia de la especie del zoo capitalista. Me gustaría abrir la jaula y danzar desnuda en una isla desierta. Sebastián, mein Lieb Sebastian, echo de menos siendo consciente de que es algo maravilloso, sé que quien no lo hace es porque no ha vivido cosas que merezcan la pena ser recordadas y soy feliz extrañando a tanta gente, recordando tantas cosas. Pero ahora que estoy aquí nacen otras cosas que vivir para recordar en el futuro vívidamente y me rodean de nuevo personas extraordinarias, soy una chica afortunada, o eso o lista sabiendo rodearme de buena gente.

Voy a hacerme a mí misma una promesa que sé que te gustaría obligarme a cumplir, acabo de decidir dedicar cada día un tiempo a mis libretas, me sigues inspirando, las distancias no existen... aunque a veces haya barreras que parezcan infranqueables. También me prometo, y te prometo, volver a escribir con regularidad, llegarán más letras a buzones ajenos que se encontrarán con tus manos y serán siempre

palabras sinceras y agradecidas. Con toda mi humanidad, recibe un beso desde estas tierras que son a día de hoy mi hogar.

Josephine.

La carta no acabaría ahí, habría unos cuantos garabatos y una mujer sentada frente a una modesta chimenea. Dentro de la gama de colores usados, tirando hacia los grises y saturados terrosos, destaca la fuerza de un fuego que parece salirse del papel, sin quemarlo.

CAPÍTULO SEIS

Hace mucho calor, el aire anclado parece condensarse y el respirar deja de ser algo inconsciente, cada bocanada de aire sabe a sudor, las partículas se calientan en contacto con el asfalto. Nunca está a gusto el hombre, cuando hace frío porque hace frío, cuando hace calor porque hace demasiado, si tiene el pelo liso se lo riza pero si lo tiene rizo busca la manera de alisarlo. Sin embargo el calor de este día, que Marta habría recibido con los brazos abiertos de no ser por las circunstancias, es realmente sofocante. La gente arrastra los pies, los niños que habitualmente recorren sin descanso el territorio en busca de tesoros están decaídos, todo lo que ve a su alrededor es desalentador y por primera vez recae su mirada en una mujer sentada en el suelo con un sombrero a sus pies y con un cartel en que hay una poesía escrita. Esa mujer joven, que por razones que no vienen a cuento ha acabado viviendo en la calle, lleva unas dos semanas escribiendo una poesía al día y sentándose en esa misma esquina por la que nuestras dos protagonistas pasan a menudo. Sin embargo poca gente se fija en ella, y mucho menos lee lo que escribe. Marta lo lee hoy, dice así:

En campos de hierba azul

Veo las huellas de vuestros pasos

Me mancho las manos con pintura verde

Y recorro de memoria caminos que nunca pisé

Está claro que estamos siempre condicionados por millones de circunstancias que hacen que percibamos las cosas de una u otra forma. Damos siempre un significado propio a la realidad de modo que no existe una sola sino al menos tantas como personas hay en el mundo, y cosas,

momentos, espacios... dejémoslo con que hay muchas muchas muchas realidades (o con que no hay ninguna). En ese momento la de Marta la lleva a pensar en los hijos, no en los de los demás sino en los propios que todavía no ha tenido y que quizás nunca podrá tener. Cuanto más avanza menos gente le parece ver por las calles, el sol se hace más y más fuerte hasta dibujar las sombras con una claridad que ella nunca había visto. Caen gotas desde su frente que seguro alguien confunde con lágrimas. Ese alguien a quien ella no ve porque ya no ve a nadie, solo hay muros en las calles y ni siquiera los árboles están verdes, todo es gris, nunca lo había sentido/visto de manera tan clara. Es evidente que siempre ha sido gris, piensa, no puede ser de otro color, ahora lo veo. Lo que no acaba de entender es que es ahora cuando lo ve/mira a través de ese filtro desesperado, traduciéndolo a color fluctúa la desesperanza entre los lilas y los grises.

Pocos pasos la separan de casa, se hacen eternos y al mismo tiempo no quiere que se acaben. Sabe que al llegar las cuatro paredes de su cocina se desplomarán sobre su cabeza y cuando consiga salir reptando de los escombros otras cuatro paredes estarán allí alzadas sosteniendo un techo cada vez más bajo. De cualquier forma se deja llevar por la rutina, por el instinto quizás, y saca las llaves del bolso justo cuando la puerta del portal se abre. Es una puerta vieja de madera pesada, cuesta abrirla y a la vez tarda mucho en cerrarse. Ese es el tiempo exacto que tarda Marta en romper a llorar sobre el hombro de Raquel, el tiempo en el que ésta última decide cambiar sus planes para subir de nuevo a casa, el tiempo en que pone un pie entre la puerta y el marco evitando que se cierre. Y ya las dos están en el ascensor. Abrazadas, sin palabras de momento, por primera vez desde sus respectivas mudanzas no suben por las escaleras.

Como están en casa de Raquel, Marta no ve ninguna pared caerse. No ve mucho en realidad, sigue cegada por la luz intensa del sol, sus pupilas aún no se han adaptado al cambio, todo va lento hoy. Raquel le ha dado a play en el reproductor al entrar, sabía que dentro estaba el disco de fados que había estado escuchando y sin saber porqué lo consideró adecuado para ese momento. Digo sin saber porqué porque ella todavía no conoce la razón que acarrea estas lágrimas, ni ella ni quien esté leyendo, pero siendo hombres (en el sentido amplio en que se nos incluye también a las mujeres en este lenguaje patriarcal que nos alimenta y que alimentamos) sabemos cómo se sienten las lágrimas propias y así acabamos sabiendo cómo sentir las ajenas, aunque a algunos les lleva más tiempo que a otros.

Los versos tristes del fado calman la tristeza de Marta y ahondan en la melancolía de ese abrazo que Raquel siente como el de una hermana. Las primeras palabras son de la única que tiene potestad para romper ese silencio. Marta dice:

- Tengo cáncer.

Cuantas veces lo hemos oído ya y sigue siendo igual que la primera. Marta tiene cáncer y Raquel la abraza como le hubiese gustado abrazar a su madre cuando también ella se lo dijo, desde un avión, en una conferencia telefónica que parecía anticiparla a ella en el cielo mientras su hija la recordaba en la tierra.

De nuevo, al igual que el día que se conocieron, no hay palabras porque no hacen falta. Teniendo en cuenta que el tiempo es algo inventado por la mano material y materialista del hombre vamos a obviar su mención, diremos simplemente que transcurrieron momentos de

introspección compartida que se alargaron perdidos en una música que, no lo era, pero que sonaba lejana. Entonces Raquel despierta de ese momento de letargo físico, besa en la frente a Marta haciéndose un hueco en el sofá, saca un paquete de tabaco de liar y de su interior recupera unos cogollos de marihuana cultivada por su amiga Marisa, que a la vez es amiga de Manu, agente de tricornio con vocación de camello que le ayuda con su plantación.

- Liar puede llegar a ser un arte y esta obra nos la vamos a fumar como terapia, y más que nos fumaremos, entre un porro y otro nos vamos a pasar el proceso en una nube.

Y Marta se ríe, lo hace escandalosamente como cuando recuerda el día que se cruzó con una famosa de la prensa rosa y al voltearse para mirarla se dio contra una farola, acabando con el labio más hinchado que la boca de silicona que tenía la otra. Bajo la nube de humo que se crea en la habitación las dos vecinas se miran por primera vez en ese día a los ojos, sin miedos porque han dejado de existir barreras para los sueños. Y hablan, imaginan futuros improbables que ven perfectamente delineados, viven vidas paralelas en lugares del mundo de los que ni siquiera han oído hablar. Se duermen finalmente y no hay tensión en sus rostros. Se ve la luna a través de las ventanas, si no es luna llena poco le falta, tan potente su luz que justo antes de sucumbir del todo ante Morfeo, Raquel ve los ojos cerrados de su vecina y se siente reconfortada. Hoy sí que duerme.

CAPÍTULO SIETE

Ha pasado apenas una semana. Han pasado muchas cosas.

En el sexto del edificio el movimiento ha sido nulo. Marta ha pasado los últimos días visitando a su madre, hay noticias que de ser posible es mejor darlas a la cara. Pasarán los años y seguirán los avances acercando las comunicaciones, pasará el tiempo pero la verdad de los cuerpos tocándose superará siempre cualquier otra energía, cualquier otra comunicación.

- Hubo un hombre en el viaje, un desconocido que lo seguirá siendo.

- ¿Por qué? ¿Porqué seguirá siendo un desconocido?

- Porque era lo que era, una noche, los dos lo sabíamos, es como un pacto no dicho, además ¿tú crees que te puedes enamorar de una persona en una noche, casi sin haber siquiera hablado?

Y Raquel sonríe, una sonrisa nostálgica recordando cómo se cerraba la puerta de una habitación que había sido la suya. Había conocido a Mía en la exposición de una modesta galería de arte unas horas antes.

Y al cerrar la puerta el mundo en el que vivían ya no era el mismo. Hubo una primera pausa, contemplativa, de un silencio casi incómodo en una atmósfera mutada que retenía los movimientos bruscos, como los de una mano abierta bajo el agua. El pelo flotando, una pestaña se deja caer hasta su mejilla sonrosada y entonces.

- Me acerqué lentamente y la recogí con el dedo índice, yo soplé para pedir el deseo con su pestaña, su deseo.

Marta está totalmente absorta, no puede dejar de escuchar a su vecina con los párpados detenidos en el tiempo.

- Me giré hacia ella al tiempo que la pestaña caía entre nuestras piernas, sentí casi cómo rozaba mi rodilla y supe por su mirada que le había caído en el empuje. Nuestros pies desnudos se rozaron antes siquiera de poder sentir su piel en mis manos. Lo que siguen son las mejores horas condensadas en una misma noche, la historia de esa noche condensada en palabras.

Aunque Marta ve más que simples vocablos descriptivos porque ella tiene enfrente a la narradora/vividora, ve en sus ojos humedecidos. Son dos cuerpos desnudos en una habitación con apenas una cama y un par de recortes pegados en las paredes blancas. Después de que la mano de Raquel se adelantase muy lentamente hasta rozar con su dedo índice la mejilla de Mia, las yemas de sus dedos ya fueron libres para recorrer el camino de las lágrimas resbalando casi sin tocar la piel suave y pecosa, desconocida. Se detuvo al final del cuello para desabrochar el primer botón de la blusa, ahí mismo le dio su primer beso sintiendo en sus labios el pecho que se hincha y la respiración que se rompe. No hay palabras ni promesas, las pieles se humedecen, con el paso de las horas el vaho se adueña de las esquinas de las ventanas y ven la luna difuminada desde la cama, unidas en un abrazo que acopla a la perfección sus cuerpos y enreda sus piernas. Fue su última noche en Berlín, con las maletas ya

hechas y un taxi en la puerta a primera hora de la mañana. La despertó el sol, muy temprano, el sol del norte que enciende antes las ciudades, ya no pudo dormir más. Pasó el amanecer iluminada, observando el baile del pelo de aquella mujer en la almohada. Le acarició los labios con los suyos mientras se despedía en un alemán torpe y le susurraba que ya nunca se volverían a ver, pero que tampoco jamás olvidarían el abrazo más largo de la noche más corta del mundo.

- Sin palabras, porque de esa forma era imposible decirnos todo lo que nos queríamos decir. En realidad fueron horas de deseos volando en forma de pestañas. Horas que recogían la intensidad de miles de días pasando en sólo unos segundos. Sí, creo que te puedes enamorar en una sola noche y además sin palabras.

Al entrar en el taxi vio por última vez la ventana de la que había sido su habitación, recortada en los márgenes de la ventanilla como si ya estuviese mirando una fotografía. Y ahora no puede pensar en ninguna otra cosa que ocurriese allí sin ver el cuerpo de esa mujer en la cama, a través de las paredes, de las hojas de los árboles. Con las cortinas cerradas.

- Pensaba que te habías venido aquí por Pepita después de Berlín.

- Sí, también creo que te puedes enamorar de una mujer estando en una relación con otra.

- Yo no sé si me he enamorado pero ya no importa.

- ¿Por qué no importa?

- No sería el momento adecuado para empezar una relación.

Un tópico: los momentos no se eligen, y los tópicos no por serlo pierden su valor.

- Con todo lo que me va a pasar no creo que ningún hombre pueda entrar en mi vida ahora.

- Eres una mujer y lo vas a seguir siendo, me refiero a una mujer heterosexual.

Se sonríen, Marta da por zanjado el tema, eso sí, sin dar señales de convencimiento. Y aunque ella no lo dice Raquel lo sabe, puede que todavía no de forma consciente pero sabe que el cáncer de Marta tiene mucho que ver con ese hombre desconocido que lo seguirá siendo. Es un miedo añadido a la enfermedad, el miedo a no superarla no evita que exista el miedo a hacerlo y ser otra persona, emocionalmente, físicamente distinta.

CAPÍTULO OCHO

La intensidad del sol esa mañana, los rayos que atraviesan esas cortinas naranjas que fueron antes un pañuelo, la funda de un cojín y el mantel de la merienda. La ventana se les había quedado un poco abierta así que no hace calor, se está bien.

Se incorpora con el pelo alborotado habiendo olvidado el pasado reciente. Se estira soltando un gemido de placer al sentir cómo sus músculos se desperezan, en su rostro puntos de luz naranja y sombras violetas, con las yemas de los dedos se frota los ojos. Bosteza ruidosamente antes de incorporarse. Sonríe al ver a Raquel inmersa en un profundo sueño que pronto olvidará y permanece unos segundos quieta, inmóvil escucha el canto de los primeros pájaros, respira el aire de la habitación y siente placer al poder apreciar cosas que antes eran poca cosa. Con la mirada perdida se pierde ella misma en esos instantes en que todavía la vida nos puede parecer sueño. Y sin motivo aparente vuelve a despertar, siente un dolor agudo en el pecho, cierra los ojos y tiene frío a pesar de que una gota de sudor resbala por su espalda.

Raquel se levanta silenciosa, aún medio dormida ve la piel de gallina, los pelillos erizados de Marta. Pasa su mano peinando el cabello revuelto y la abraza sinceramente en la mañana del que va a ser su primer día de quimioterapia.

- Te acompaño - le dice.

PARTE II

CAPÍTULO UNO

Hubo una masa gris, informe, extensa y que pareció por momentos eterna sobre el cabezal de madera de su cama. Oscurecía el resto de la habitación y al expandirse se hacía más lóbrega de modo que, en las esquinas, reinaba la nada. Nada. La nada era en este caso la carencia absoluta de un deseo. Los deseos son la expresión de una vida que se quiere vivir, son un cosquilleo en el estómago al pensar en el beso que queremos dar.

Su cuerpo se iba cerrando sobre sí mismo como si hubiese perdido para siempre la confianza en un mundo sin sentido. Sus hombros caían cada vez más cerca de sus rodillas. Su mirada ya no se alzaba y ni siquiera la belleza de una puesta de sol era capaz de desviar ese camino recto que se trazaba desde sus ojos hasta la tierra que la tragaba, que quería que la tragase. No había tiempo, solo un espacio indeseado. No sentía los pasos, solo la congruencia de su cuerpo cerrándose, doblegándose a la mente enferma de ideas suicidas muy coherentes con el mundo que había visto y que no conseguía cambiar. No.

A los pies de la cama la maleta tal y como la había dejado hacía apenas unas horas, abierta únicamente en busca del neceser. El contenido del neceser esparcido en el lavabo, junto al vaso que utilizó para beber el agua clorada del grifo que la ayudaría a tragar esa pastilla que tan necesaria le era para dormir, dormir, dormir, dormir profundamente, también de día, también de pie.

La sonrisa, la única que últimamente le era posible dibujar, se torcía exageradamente hacia la derecha dotándola de una tristeza que aún así pretendía ocultar, las cosas que se guardan, las no habladas, crecen y se expanden creando una bola cada vez más dura que oprime las paredes internas hasta que estas ya no ceden por falta de espacio. La combustión espontánea de los cuerpos nos hace desaparecer cuando ya no queremos existir.

Eleonora.

CAPÍTULO DOS

Nunca antes Eleonora lo había entendido. Aquella sombra rosaliana que encorvaba su figura no se podía ni siquiera intuir estando fuera de su órbita. Al menos ella no se la había imaginado así antes.

Sentada frente a la modesta chimenea en torno a la cual giraba el sentir de su casa recordaba haber visto el ir y venir de la luz, horas eternas porque como bien sabemos la duración de los segundos depende tanto del conocimiento previo como de la percepción. Alguna que otra vez su gato se había paseado lentamente sobre el saliente, como retándola o intentando en vano conseguir alguna reacción que rescatase a su dueña de la inercia de los días grises, grises como los hombres que roban el tiempo. El felino escogía con cuidadoso esmero entre las muñecas de tela que Eleonora había diseñado y cosido a lo largo de los años, pequeñas, coloridas, una puntada mínima dibujando los ojos, telas que sobraban en otros trabajos aparentemente de mayor envergadura convertidas en la materia prima de una nueva vida. Paseaba la pata sin llegar siquiera a rozarlas y en un gesto fugaz tiraba una de ellas al suelo, no huía del lugar de los hechos y ni siquiera se inmutaba ante la regañina desganada de Eleonora, parecía maullar por más muñecas, por nuevos retos coloridos en la chimenea, pero hacía meses que la cabeza de su dueña “no está para esas cosas”.

No se puede concentrar en un ensayo (quizás alguna novela sencilla de leer), no le apetece abrir la colección de Bergman que le regalaron por su cumpleaños ni acepta la compañía de la música y por supuesto nadie es capaz de moverla del confortable refugio aislado que ha

construido en torno a su sofá. Solo para cumplir sus obligaciones laborales sale con desgana cubriendo su rostro con una careta.

El tiempo no ha sido benévolo con ella, eso opina.

CAPÍTULO TRES

El tiempo.

¿Qué quieres ser de mayor Eleonora? No recordaba la primera vez que le habían hecho esta pregunta aunque ahora siempre recordaría la primera vez que ella la utilizó como pauta social en una comida. Eleonora siempre había odiado aquella interrogación arrogante, incluso cuando todavía no era consciente de todo lo que su significado implicaba. Sin embargo la hizo, exactamente igual que se la habían hecho a ella cuando era todavía una pequeña figura...

La pequeña Eleonora se rascaba la nariz y cerraba un ojo mientras torcía la cabeza y dejaba caer el peso de su cuerpo sobre un solo pie. Mayor, respondía. Para algunos era lo suficientemente tajante como para dejar de lado una conversación que ni siquiera había empezado pero algún que otro adulto cabezota la increpaba "claro, serás mayor, pero ¿qué serás como persona mayor?" y además osaban dar ejemplos tales como "astronauta, doctora, quizás profesora como tu papá (generalmente evitaban el "quizás ama de casa como tu mamá") Y Eleonora no quería ser nada más que mayor cuando fuese mayor, no encontraba una respuesta que satisficiera a ambos lados pero ella tenía claro que de niña le gustaba ser niña de igual manera que de mayor le gustaría ser mayor.

Dentro de su grupo de amigos se había creado un subgrupo que bajaba la media de edad escandalosamente, la descendencia de los (casi todos) emparejados. Delante de uno de esos miembros de la generación más joven no pasaron dos segundos antes de que se arrepintiera de soltar aquella cuestión que era casi un insulto al fluir del tiempo y al de la infancia, como si ser mayor diese más opciones de hacer aquello que anhelamos (error de anhelos en ese caso) que el ser niño. Sin embargo el hijo de Natalia lo tenía claro: "quiero ser jefe". Y ahí la dejó,

subió corriendo las escaleras de la casa y se dedicó a ser niño consciente a medias de que todavía no podía hacer nada por ser jefe.

En la Universidad la pregunta que odiaba era otra que no dejaba de ser la misma: ¿En qué te gustaría trabajar cuando acabes la carrera?

Con los cincuenta más que cumplidos ya no le disgusta ninguna pregunta, solo alguna respuesta de las que se le pasan por la cabeza.

Es curioso cómo pasamos gran parte de nuestra vida pensando en cómo será, trabajando por un futuro que no existe, preocupándonos de problemas que todavía no son.

CAPÍTULO CUATRO

Las respuestas.

Son las diez de la mañana y llega a casa cansada, se siente sucia después de un turno especialmente duro. No tiene ganas de preparar el desayuno pero llena el bol de su gato tal y como lo lleva haciendo los últimos catorce años, más tiempo del que jamás ha compartido con ninguna de sus parejas.

Se tumba en el sofá y enciende la tele(visión) que como la mayoría de televisores del mundo ocupa un lugar central en su salón. Se pone a hacer cuentas y cae en una: quiere cambiar su vida para poder volver a vivir antes de morir. Una vez se llega a ese punto de una manera tan consciente como Eleonora lo ha hecho ya no se puede volver atrás a no ser de la mano del autoengaño. Tiene una visión propia: es el momento de dar el primer paso para hacerlo. No tiene por qué ser un paso importante, ni mucho menos definitivo, cualquier pequeño recorrido del camino será un principio, lo único que teme es detenerse antes de iniciarlo, así que se incorpora.

Enciende la radio, necesita sentir algún tipo de contacto con un mundo en el que ella se va a reinventar la realidad. Piensa que nunca se había imaginado así, con ese ímpetu por hacer algo tan propio y esa energía que considera tan ajena a su madurez. Se sorprende a sí misma bailando mientras calienta agua para hacer un café, unta las tostadas con mantequilla y justo antes de ponerles mermelada se da cuenta de que le falta algo. Baja en zapatillas al quiosco de la esquina causando admiración entre algunos urbanitas poco dados a esta práctica tan común en aldeas y pueblos. Sube con un periódico bajo el brazo, recién nacida ya. Acaba de preparar

cuidadosamente la mesa, con una servilleta limpia y el servilletero sobre ella. Come las tostadas de pan a la vez que (h)ojea las páginas locales y la sección de anuncios buscando algo que la guíe hacia el siguiente paso, en el último sorbo de café siente cómo los ojos se le empiezan a cerrar así que se dirige al baño.

Ahora, cuando está a punto de salir de la ducha, recuerda que de camino al quiosco un hombre fornido le dio un papel, había pensado que era propaganda y la había tirado en la papelera del portal. Informática. Es la palabra que recuerda.

Cursos de informática. Una dirección, un teléfono, un mail.

La puerta del ascensor se abre pero Eleonora está inmersa en la papelera, buscando la publicidad y la imagen del ordenador que acompaña esas palabras. El hombre trajeado de corbata gris la mira de reojo evitando saludarla, ella ni si percata, al abrir la puerta de su casa se quita el gorro de baño y lo cuelga en una percha al lado de un par de abrigos y algunos pañuelos y bufandas. Se sienta de nuevo a la mesa de la cocina donde todavía está el plato con algunas migas de las tostadas y la taza vacía. Por alguna razón siente un palpito, coge el teléfono y marca.

Después de hacer una preinscripción en un curso que empieza la semana próxima siente de nuevo el peso de los párpados cayendo.

Dormiré dejando caer un rastro de saliva marcando los tenues movimientos de la cabeza sobre la almohada.

CAPÍTULO CINCO

La certeza dejó de existir. Aquella falsa seguridad basada en la futura vida apacible con los cabos atados; la jubilación, la hipoteca pagada (en los mejores de los casos) y un círculo de amistades/conocidos prácticamente cerrado, sin alteraciones drásticas de lo cotidiano, sin sorpresas ni cambios a los que adaptarse ni entornos desconocidos a los que temer. Había renacido con un periódico bajo el brazo y esa certeza había desaparecido por voluntad propia, por búsqueda de una vida y no de una muerte.

Conoce a quince nuevas personas, habitantes de planetas bien diferentes al suyo, algunos de ellos personajes con los que antes solo había tenido contacto a través de películas bizarras, esas que veía en la filмотeca cuando su amiga Pepa todavía vivía y la arrastraba cada jueves a la sesión de tarde. Tienen todos cierta edad, algunos son incluso mayores que ella, lógico si tenemos en cuenta que las generaciones más jóvenes han nacido ya con decenas de pantallas ante los ojos, con miles de imágenes que se restan importancia las unas a las otras. Hay sin embargo dos excepciones, una es una chica de unos treinta años con parálisis cerebral y que se mueve en silla de ruedas, la otra excepción es un chico alto, menudo, con gafas y aspecto descuidado al que Eleonora le echa también unos treinta años, aunque es posible que tenga alguno más. Del resto de compañeros sobresale un hombre bajito y rechoncho en cuyos brazos se entrevén tatuajes que parecen gastados por el tiempo, sus cabellos grises y grasientos siempre despeinados hacen que Eleonora se imagine una vida de intrépido marinero surcando olas y mares enteros en busca de algún tesoro olvidado por la tecnología del siglo veintiuno. El profesor responde sin embargo a todos los clichés de joven de su tiempo, las gafas de pasta apenas graduadas empuñan algo sus ojos y el peinado rebuscado y rígido ayuda a

confundirlo entre las multitudes del metro cuando de vuelta a casa se topa con toda la fauna urbana retornando a la confortabilidad del espacio propio.

La verdad sea dicha: hasta aquel momento nunca antes Eleonora había encendido un ordenador sin ayuda, algunas veces en el hospital se las había tenido que arreglar para introducir algún dato pero por norma general nada en su trabajo lo hacía imprescindible, así que en las excepciones pedía ayuda a las internas o a sus compañeras más jóvenes. Tampoco nunca le había importado pedir ayuda, cayendo algunas veces en la comodidad excesiva en detrimento de la autosuficiencia que siempre se había (pre)supuesto.

Ahora llega a casa y mira haciendo un rápido reconocimiento del espacio, como si no lo conociera lo suficiente después de tantos años, para caer en la cuenta de que no tiene un ordenador en el que leer la prensa (muchos periódicos diferentes), una de las primeras tareas que el profesor les había encomendado en el tiempo de la clase dedicado a internet.

Las noches y los días pasan por primera vez en años con el aliciente de una actividad que de alguna forma que todavía no comprende del todo la está liberando. ¿De qué? ¿Cómo? Eran preguntas que ni siquiera tenía la necesidad de responder, simplemente lo sentía así, un sentimiento positivo que por serlo no necesitaba de explicación. Eleonora había sido siempre una mujer (casi) extremadamente racional, había llevado una vida ordenada en la que ojeaba de soslayo lo emocional sin jamás recrearse en ello. Sentada en el sofá, con su gato en las rodillas, adormilado, recuerda su independencia primera, los esfuerzos que había requerido en una mujer de su generación estudiar, terminar la carrera, comprar un piso sin ayuda de una pareja estable ni de unos padres estables, recuerda la insistencia de la pregunta que al

principio temía y que después aborrecía ¿para cuándo la boda? Había tenido algunas parejas, en su mayoría de carácter más bien temporal aunque con una excepción destacable: Luis. Ocho años de una relación que tenía todas las trazas de acompañarla el resto de su vida, las trazas las tenía porque era lo más “lógico”, lo que se esperaba de ella, lo que imaginaban felizmente familiares y amigos, sin embargo nunca sucumbieron a los deseos ajenos, al menos Luis no lo hizo y aunque en alguna ocasión Eleonora le había propuesto mudarse (no con demasiada convicción) él se mantuvo firme, consciente de que en realidad ninguno de los dos lo quería ni necesitaba. De hecho aquella pareja duró más de lo que ninguno había esperado nunca y mucho menos de lo que cualquiera se habría imaginado. Felizmente para los interesados. Todavía Luis y Eleonora mantienen contacto, postal, porque Luis vive desde poco después de su ruptura en una pequeña casa a las afueras de Glasgow, en el país natal de su madre.

Se levanta y deja a Tristán en el suelo, despertando de sus sueños gatunos en busca de comida. En la cocina abre la nevera y ve un vacío que no se corresponde a su estado vital, pletórica de energía piensa en esa web a la que había llegado haciendo un ejercicio en clase, ahora que lo recuerda no era una web, era un blog. Un blog de cocina vegetariana en el que había escrito un comentario de agradecimiento con respecto a una receta de crêpes. La había anotado en un papel suelto que había arrojado en el bolso, ahora busca entre todas las cosas que por allí fluctúan.

Además de los ingredientes necesarios para cenar crêpes se decide a hacer una compra grande, a probar cosas que habitualmente no compra y a cocinar en sus dos días libres. Ese blog le ha contagiado una cierta alegría culinaria que no está dispuesta a desperdiciar y

además ha decidido que ya es hora de ampliar su dieta y de disfrutar tanto de la elaboración como de la degustación, de modo que esta última salga igualmente favorecida. Colores, texturas, la explosión de olores del mercado la hizo sonreír en más de una ocasión provocando miradas extrañadas. Lo extraño debería de ser lo contrario pero estamos acostumbrados a la inercia, a los rostros neutros y a la indiferencia. A la inexpresión, que no es otra cosa que la represión de nuestros sentimientos y emociones.

Enciende la radio de la cocina, como cada día, se pone el delantal y enciende una vela grande que en algún momento le regaló una paciente. Cocina toda la tarde. Congela algunos platos pensando en la semana y en los turnos del hospital, prepara una bandeja para la cena, con una flor, un vaso de vino, una servilleta perfectamente planchada. A las diez en punto empieza la película, sin cortes publicitarios, siempre que puede la ve. A las diez menos cinco tiene la bandeja sobre la mesita de la sala, una manta doblada en el sofá y las zapatillas a sus pies. Se sienta pacientemente y baja el volumen de la televisión, permanece cinco minutos en silencio, pensando sin pensar, recreándose en sí misma y respirando con conciencia. Siente en su pecho una sensación de bienestar que no podría haber expresado en palabras y en sus ojos húmedos se crea una lágrima para la que no encuentra explicación. Más tarde, cuando a mitad de la película la historia lo permite, se deja llorar. Duerme en el sofá enrollada en la manta como si fuese el relleno del crêpe que ha cenado, bañada en lágrimas ya evaporadas que han dejado un rastro salino especialmente abundante alrededor de los ojos.

CAPÍTULO SEIS

- Eleonora, tienes una llamada.

Deja la jeringuilla que está a punto de coger y camina hacia el mostrador de planta. El teléfono está descolgado pero no hay nadie allí para decirle quien está al otro lado del auricular.

Diga. Disculpa, ¿cómo? Vaya. Sí, sí claro, ¿está todo bien? ¿Ha pasado algo? Claro. Sí, es verdad. Todo bien. Ajá, bueno ya sabrás que no es muy grande pero supongo que para unos días no habrá problema. Y... ¿qué buscas? o ¿qué ... bueno, da igual, ya me contarás. Solo llámame a casa cuando llegues, te puedo ir a buscar al aeropuerto si quieres. Bien. Bien, pues hasta mañana entonces. Un abrazo.

Hay momentos de la vida en que olvidamos parte de la vida misma, al menos esa que ha quedado atrás en el tiempo. Somos injustos con el mundo que nos vio ser como no queríamos ser o con las gentes que nos rodeaban en momentos que por alguna razón queremos olvidar. Aunque la comodidad de olvidar aquello que no es agradable recordar no era lo que había llevado a Eleonora a mantenerse alejada, en la medida de lo posible, de la poca familia que le quedaba. Era otro tipo de comodidad o quizás una manera de vivir que había ido adoptando casi sin darse cuenta, a través de cada pequeña decisión. El caso era que no veía a su sobrino desde que este tenía 16 años y en realidad había perdido la cuenta de los cumpleaños perdidos. Cuando su hermana la llamaba alguna que otra vez le pasaba el teléfono a Alejandro, pero con los años estas ocasiones se habían ido alargando en el tiempo. Apenas reconoció su voz en la llamada que atendió en el hospital, necesitó de su presentación para

caer en la cuenta y ni siquiera consiguió reaccionar, no procesó la información hasta que al fin de su turno se descalzó en el vestuario de enfermeras y al sentarse recordó lo pequeñito que era la primera vez que lo vio en el regazo de su hermana.

Marisa era cinco años más joven. Un marido más señora. Dos hijos más mujer y una hipoteca más inmersa en la sociedad (Eleonora tenía tan solo una, su hermana dos). Tenía la vida que siempre se le había imaginado, nada fuera de lo común, ama de casa (aunque en los últimos años limpiaba también en otras dos que no eran las suyas para ayudar a la economía familiar y apoyar al sueldo reducido de un marido que nunca la había querido demasiado alejada del hogar) Y ahora uno de sus hijos se alejaba de la confortabilidad que había creado en torno a esa normalidad y la llamaba a ella, su tía ausente, para que lo acogiera al menos mientras encontraba algo más permanente en esa ciudad capital que le era por el momento ajena.

Llega a casa y como siempre Tristán la espera en la puerta dispuesto a una pequeña carrera por el pasillo. Una vez ha encendido las luces y la radio se sienta con el costurero entre las manos dispuesta a rematar el dobladillo de un pantalón que todavía no ha podido estrenar, dichosos estándares, pensó. Después va a cenar un plato que ha dejado descongelando y se irá temprano a la cama. Piensa que necesita un extra de sueño para afrontar el día siguiente, en que el trabajo y las clases de informática se unen a la llegada de un sobrino que le es desconocido en lo esencial (entendiendo lo esencial como eso que nos hace únicos). No repara en ningún preparativo ni le da demasiadas vueltas al hecho de recibir una visita durante un cierto tiempo, simplemente es así y no hay nada que vaya a hacer al respecto, no por el momento.

Momento, momento, momento. Vida. Días. Un momento, por favor. La mañana amanece nublada pero aún así Eleonora, después de la práctica otorgada por los años de turnos nocturnos, sabe leer en el cielo lo suficiente como para intuir los días soleados que como ese empiezan por ser grises. Nada en el cielo es inmutable. Las estrellas intensifican su luminosidad según el ciclo, la materia del sol se consume para producir dosis inimaginables de energía, los agujeros negros hacen desaparecer materia y dios existe y deja de existir intermitentemente según quien mire, igual que lo hacen otros tantos seres mitológicos contemporáneos e igual que lo hacen las estrellas.

En el aeropuerto todo está como siempre, incluyendo esa nueva terminal que ha costado quién sabe cuántos millones, que ha dado trabajo mal remunerado a quién sabe cuántos obreros y ha enriquecido un poco más a quien todo el mundo sabe. Muchos pasajeros, eso sí, y entre ellos Eleonora busca a uno alto y delgaducho, moreno de tez blanca. Trae su pasajero una maleta que parece bien pesada y dos bultos de mano (argot de líneas aéreas/negocios voladores) que encajan a duras penas en el maletero del coche.

Pocas palabras durante el trayecto. Pocas palabras al llegar a casa. Es un chico callado y Eleonora una mujer a la que le cuesta expresar(se) en los principios de las cosas: al principio de una fiesta, de una amistad, de una relación amorosa, al principio de una discusión política o los primeros minutos de año (que siempre empieza con unas cuantas uvas no masticadas interrumpiendo el tránsito normal en su garganta)

Pasa una semana de rutina laboral que solo se interrumpe cuando al finalizar su turno Eleonora coincide en la cocina con Alejandro, durante los desayunos. En uno de ellos el

espíritu introspectivo y aparentemente callado de su sobrino estalla en ira. Primero sus ojos se enrojecen, cuando su tía le pregunta "¿estás bien?", tan simple en su formulación y cuya respuesta tanto podemos llegar a temer, es entonces cuando empieza a emanar agua salada que bien se podría haber utilizado para cocer los huevos duros que preparan con una pizca de sal y dos tostadas recién salidas de la sartén.

Durante esa semana lo poco que Eleonora ha descubierto (lo poco que se ha preocupado por descubrir) es que Alejandro comparte su pasión por el cuidado de los desayunos: zumos, tostadas con ajo y queso, algún revuelto o bien huevos duros, mermeladas quizás, infusión o café y la radio. Por otro lado lo poco que Alejandro ha descubierto (lo poco que le han dejado descubrir) es que además de a los desayunos su tía le da especial importancia a unas clases de informática que tiene apenas un par de veces a la semana pero que parecen ocupar un lugar importante en su vida.

En resumen: Eleonora no tiene ni idea de por qué su sobrino ha empezado a llorar ni por qué razón no hace un intento (varonil, piensa ella muy a su pesar) por detener el llanto sino que, al contrario, se deja llevar por un instinto primario que considera signo de flaqueza. Ella, acostumbrada a ver a personas con más que razones para el llanto y el enfado extremo con el mundo, no se permite tales demostraciones públicas. Tose un poco y acerca su silla a la de Alejandro pero ninguno de estos dos movimientos surte el efecto que esperaba, su sobrino sigue llorando e irremediabilmente los mocos líquidos propios del llanto se acumulan en sus fosas nasales. Se levanta entonces y coge del cuarto de baño un rollo de papel higiénico. Se lo da y, aunque ya su sobrino tiene las mangas de la camiseta húmedas, lo utiliza para de nuevo poder respirar por la nariz.

CAPÍTULO SIETE

No le había sorprendido tanto el que su sobrino fuera gay como el hecho de que a su padre no le hiciera ninguna gracia, nunca había tenido a su cuñado en gran estima y sin embargo le había juzgado con mayor benevolencia de la que él mostraba. Tampoco le había sorprendido el que las dificultades para empezar una vida independiente y sustentable en aquella ciudad (en todo el país, cada vez más en cualquier parte del mundo) estuviesen desalentando a Alejandro, aunque sí le sorprendía con qué facilidad ocurrían estas cosas y con qué facilidad se obviaban.

No lo había pensado antes pero ahora se percata de que no habla con su hermana desde hace bastante tiempo, mucho antes de haber recibido la llamada de su sobrino. Lo anota en su lista mental de cosas que hacer y piensa mientras tanto en qué clase de conversación van a tener o las ganas locas que ahora le invaden de gritarle a su cuñado. Suena la cerradura y sabe que no es el momento de enrabiarse sino de estar, estar es un verbo que se usa mucho pero pocas veces con consciencia plena de su significado. Quería ESTAR, en sí misma y en ese momento para con su sobrino, que vuelve de la oficina del paro y de ver una habitación en un piso compartido cerca de la última estación de metro de la línea lila.

CAPÍTULO OCHO

Del diario de Alejandro. Párrafos sueltos que se refieren al tiempo que nos ocupa en casa de su tía Eleonora.

* *

Tengo la sensación de que no valgo nada ni para nada. Durante la mayor parte del día no hay en mí más que pensamientos tristes que me llevan a un mismo desenlace: mi propia muerte en vida. Veo mi cadáver vagar por estas calles de edificios altos que me hacen sentir todavía más insignificante y prescindible. No recuerdo las motivaciones que me trajeron hasta aquí, en apenas una semana he olvidado la alegría con que me alejaba de mi casa, de mi familia, de mis amigos, para empezar a construir mi propio mundo. La energía con que escribía en estas páginas se ha esfumado y ni siquiera releendo esas líneas optimistas, que ahora hallo utópicas y ensoñadoras, consigo sentir una esperanza que me empuje (se ven aquí unas cuantas palabras tachadas, ilegibles) Ahora me veo impotente, veo al yo soñador de hace un mes como un chiquillo inocente que no ha visto nunca la fiereza con la que el mundo devuelve esos mismos sueños en forma de sumisión.

* *

Si me quedo en casa de mi tía durante más tiempo voy a acabar por estallar. Puede que si Eleonora no fuese mi tía... pero lo es, y tengo la necesidad urgente de alejarme de mi familia, de todo lo que representa. Tengo igualmente la necesidad de SER un ser independiente, solitario, autosuficiente, al margen de cualquier cosa que se pueda esperar de un hijo, de un sobrino, de un amigo de la infancia.

* *

Ahora que echo de menos lo que he dejado atrás me pregunto qué pasaría si volviese a intentar ser feliz con lo que tenía, entonces recuerdo las palabras de mi padre y los silencios de mi madre al escuchar de mi propia voz que Silvia no había sido nunca nada más que una fachada, que ni ella ni yo podríamos sentir jamás esa atracción mutua que se nos suponía, que Silvia era lesbiana, eso fue lo primero que les dije, y yo era gay, su hijo era homosexual y ya unos cuantos en el pueblo lo sabían, puede que ellos mismos lo hubiesen oído en alguna esquina sin querer creerlo, puede que desde siempre lo hubiesen intuido sin querer verlo.

* *

No quiero volver a ser quien era porque quiero ser quien soy. No puedo volver pero de alguna manera me veo incapaz de estar, de vivir en este lugar, en este presente, y aunque sé que es pronto, que no me he dado tiempo suficiente para construir, hay algo que no encaja, siento que de alguna manera no estoy donde debería de estar para ser.

* *

Lo único que me satisface es la novedad de los espacios que me rodean. Es una motivación extraordinaria a la que no estoy acostumbrado y que me alienta de especial manera para fotografiar constantemente las realidades de un mundo que todavía me es desconocido. Encuentro en las esquinas cuerpos inertes, como la mujer de ayer, que estaba sentada en un banco dándole de comer a unas pocas palomas y rodeada de

movimiento urbano del cual estaba de todas las maneras posible excluida, en la fotografía, junto a algunas palomas, su figura es la única estática, definida, el resto se convierte en una masa de colores que describe líneas de movimiento, una obturación larga a la vez que apoyaba la cámara en el muro de la acera de enfrente para mostrar la soledad del sosiego en una sociedad hiperactiva.

* *

Ayer estallé definitivamente. Volví de ver una habitación en un piso deprimente, me ahorro describir siquiera el lugar, era muy temprano y volví a casa de Eleonora para desayunar y darme una ducha antes de volver a tomar el metro en busca de no sé qué. No esperaba encontrarla, por alguna razón creí que era el día en que cambiaba su turno en el hospital, estaba equivocado y al entrar por la puerta escuché ruidos en la cocina y supe que estaba preparando el desayuno. Es de lo poco que sé de ella, desde que era pequeño me la imaginaba una mujer intrépida, que había salido del pueblo para triunfar, que tenía una vida emocionante que nadie conocía del todo, ahora solo sé que comparto con ella una afinidad más que genética por el cuidado de los desayunos.

El caso es que la tensión acumulada desde mi llegada ha acabado por exteriorizarse en forma de rabieta infantil. El que califique así el enfado no quiere en absoluto decir que considere pequeñas o faltas de importancia las razones que me llevaron a él. Aunque de alguna forma me remiten al blanco y negro con que quedaron inmortalizadas dos niñas gitanas de unos 10 años, detrás de la alambrada del parque que hay cerca de aquí, jugando a pillar cuando sin aparente motivo una de ellas comenzó a llorar arrastrando inevitablemente a la otra.

Eleonora no ha sabido cómo reaccionar, como si yo esperase de ella algo que no era capaz de darme... en realidad yo no esperaba nada, es más, me hubiese gustado no compartir ese momento, quedármelo para mí y así olvidarlo a voluntad.

PARTE III

CAPÍTULO UNO

Bajamos agarradas de las manos, también Alejandro, guiadas por una linterna que no utiliza pilas, interfiriendo mínimamente en el vuelo mágico del apareamiento que estamos a punto de contemplar. La oscuridad cerrada de la noche no se rompe aquí con luces excesivas de neones innecesarios, los anuncios luminosos que calientan el asfalto de Times Square no son más que imágenes ficticias de un mundo que ha quedado encerrado en las películas. En cada paso hay un cosquilleo incontrolable que sube desde la punta de los pies hasta la parte superior del estómago y parece paralizar por milésimas de segundo el latido constante del corazón. Los sonidos nocturnos del bosque se apoderan de los sentidos. Los grillos callan cuando los pasos se les aproximan, con el sonido de las ramas secas que se parten, a medida que estos se alejan resurgen del silencio, los búhos se alzan señoriales en las ramas más corpulentas. El tenue haz de luz, fruto de un pequeño generador interno, se apaga definitivamente en un fundido suave que permite a las pupilas abrirse a la poca luz que la luna creciente refleja. Rodeadas de árboles cuyas copas parecen rozar el cielo, nos sentamos allí donde nuestros cuerpos se han parado, en silencio se vislumbran los rostros ajenos hasta que la admiración de uno de ellos contagia al resto del grupo. Ahí están. Ahí estamos. Boquiabiertas y boquiabierto.

De detrás de los troncos, de las ramas frondosas, surgen como flotando en el aire pequeñas luces que se encienden y se apagan al compás de un aleteo lento, volátil. Las luciérnagas invaden en cuestión de minutos el espacio aéreo y lo dotan de los más bellos reflejos que recuerdo en mi vida adulta. Las luciérnagas.

CAPÍTULO DOS

Me levanto esta mañana hipnotizada por el viento que mece los árboles que hay frente a mi ventana, me congratulo por tan sabio tropezón.

Cuando llegué a esta pequeña aldea perdida entre caminos que no llevan a ninguna parte, no pensé que su desubicación geográfica fuese a ser tan certera a la hora de guiarme en una búsqueda en la que ni siquiera me sabía inmersa. La semana pasada el destino (sea lo que sea, o lo que sea que fuera) me hizo tropezar con una trampa fotográfica. Dicha trampa no era sino un tenso cable de sedal que se extendía entre dos majestuosos troncos en medio de un bosque repleto de flora salvaje y libre. Me encontraba yo en medio de una excursión solitaria en lo que creía era un lugar aislado. El coche había quedado aparcado en el camino más cercano, a unos diez kilómetros de distancia o quizás menos en línea recta, y el móvil había perdido finalmente la poca cobertura que tenía al iniciar la ruta pedestre. Cuando ya empezaba a temer no encontrar el camino de vuelta mi pie derecho se quedó enganchado y mi cuerpo cayó indefenso cerca de un árbol enorme.

No perdí la consciencia ni quedó marca física alguna en mi cuerpo, sin embargo la caída fue una especie de mágico acontecimiento, difícilmente explicable, que me hizo olvidar una porción considerable de tiempo, como si alguna hierba desconocida hubiese obrado en mi interior un desajuste. La siguiente imagen nítida que permanece anclada en mi memoria es esa casa de piedra, con sus coloridas ventanas abiertas de par en par en medio de un amplio círculo florido que acoge además una mesa redonda con varias sillas, un sofá medio destartado pero todavía útil y un columpio hecho con ruedas de tractor y demás materiales

reciclados. Desde el espeso bosque que a su vez rodea el círculo florido llega el piar de los pájaros, el sonido seco de las ramas que se parten bajo las pezuñas de animales libres que buscan presas y demás notas propias de un enclave natural, en que los motores no son conocidos y los muros no sirven más que para proteger las huertas o los establos que se encuentran a pocos metros del círculo.

En esa casa, cuyos colores quedaron grabados desde el primer momento en mi retina, me acogieron con amables sonrisas, sin que falsedad alguna se pudiese intuir en sus gestos o en sus rostros, todo allí parecía fluir sin sobresaltos y las sorpresas eran acogidas con la alegría de quien sabe que la vida puede ofrecer mucho más de lo que de ella se espera. Al sentarme a la mesa, preparada para ofrecer comida a quienes allí se encontraban, rápidamente me fue ofrecido un plato de ensalada cuyos ingredientes provenían en su totalidad de la huerta, una huerta que como más tarde pude comprobar se encontraba a pocos metros del círculo, detrás de la fachada principal en la que nos encontrábamos.

Durante la comida, Alejandro, el chico que me había llevado hasta allí tras mi tropiezo, me explicó que había colocado tres trampillas fotográficas y que fue con una de ellas con que yo había topado. El sedal circulaba realmente por un par de ejes, tenso pero móvil, y hacía que se disparase una pequeña cámara casera (analógica, claro, similar a lo que se conoce como *cámara oscura*). Las cámaras enfocaban precisamente al punto en que el sedal se estiraba, buscando recoger los movimientos de los animales del bosque para así catalogarlos o, en este caso, mis propios pasos y sus torpes movimientos en el terreno. Me ruboricé al imaginar la imagen resultante, mi caída immortalizada, sin embargo nadie pareció prestar atención a tan nimio detalle y la conversación rápidamente empezó a girar en torno a ese proyecto fotográfico, que

sin duda todas allí aplaudían y en el que de una manera u otra todas estaban implicadas, al menos como colaboradoras en lo que a la aportación de ideas se refiere. Comprendí al instante que aquel grupo de personas ante el que me encontraba, formaba un homogéneo bloque en el que, a su vez, destacaban las tan distintas personalidades de cada uno de sus miembros. Había en sus charlas un tono agradable, casi musical, que fomentaba la participación, tanto que yo, habitualmente callada y poco dada a expresarme ante desconocidos, no pude ni quise reprimir mis opiniones, mis palabras, pensamientos...

Aquella tarde se esfumó entre sonrisas, vasos de vino y silencios compartidos. Antes de que me diese cuenta el sol se empezaba a poner, Marta ya se había ido hacía un rato a regar la huerta y Eleonora metía en el establo a las ovejas, la vi a lo lejos, apoyada en un palo y hablando con Pancho, el perro de la casa, un border collie de brillante pelo negro y patas y hocico blancos.

- ¿Por qué no te quedas a pasar la noche? - la voz suave pero decidida de Raquel me convenció antes de haber pensado siquiera una posible traba. Y la verdad era que ningún otro plan me esperaba en la ciudad, más que la espera en compañía de la televisión a una posible llamada de mis hijos, que pasaban la mayor parte de los meses del verano con su padre. Hablaría con ellos al día siguiente, puesto que tampoco en la casa tenía cobertura, y así les podría contar esa pequeña aventura.

Me alojaron en una habitación sencilla pero singularmente acogedora, por la que habían pasado antes que yo otros muchos huéspedes, según se me hizo saber, y en la que me podría quedar el tiempo que quisiera. Informé al instante de que mi estancia no se alargaría más allá

de esa noche, agradeciendo igualmente la oferta. Hice la cama con las sábanas de algodón que me ofrecieron y que olían a lavanda, supe después que en el cuarto de la lavadora, junto a los jabones de fabricación propia se encontraba un pequeño frasco de aroma natural para quien quisiera perfumar sus ropas. Al acabar bajé de nuevo, las escaleras de madera crujieron tenuemente bajo mis pies y en la sala alguien azuzaba el fuego de la salamandra. Permanecí un rato en pie, (h)ojeando algunos libros de la poblada estantería hasta que Marta entró y me recomendó "Cuerpo de mujer, sabiduría de mujer". Era un libro grueso de tapas finas, azul eléctrico, escrito por una ginecóloga estadounidense que rompía, con sus conocimientos como mujer y no solo como médica, con las rígidas y muchas veces absurdas pautas clínicas que imperan todavía en el mundo, promoviendo un autoconocimiento en que tengan lugar privilegiado los sentimientos, el cuerpo único de cada persona/mujer y las vivencias propias, frente a las dañinas generalizaciones y numeraciones a las que las pacientes se ven sometidas por norma. Leí un rato y ya no quise dejar la lectura a medias, pensé que podría comprar el libro al regresar al día siguiente.

Alejandro había dejado la salamandra cargada y su calor apaciguaba el frío de las noches en la montaña, pues a pesar de haber empezado ya el verano la temperatura bajaba a cotas insospechadas a partir del atardecer. En la cocina se oía movimiento y me acerqué a mirar, a echar una mano o algo.

- ¡Nieves! bienvenida a la cocina - estaban todos allí, menos Marta que seguía leyendo en la sala, después de haberme hecho la recomendación - si te apetece comer algo o cocinar cualquier cosas tienes la despensa a tu entera disposición y en esas puertas puedes encontrar todos los artilugios.

Ayudé a recoger los platos, fui encontrando el sitio de cada cosa casi sin ayuda, como si su disposición se abriera ante cualquier persona ajena, como si cualquiera formase parte de aquello en el mismo momento de su llegada a ese nuevo lugar.

Las cenas son individuales, cada persona se prepara su bandeja, Alejandro es el que más come, los demás estómagos piden cenas más ligeras y es Eleonora, su tía, la única que a veces le hace la competencia con un buen plato de arroz que se prepara rápidamente con cuatro cosillas, dice que lo llevan en los genes eso de las cenas copiosas y que ni la edad ni las recomendaciones hacen que le sienten mal los platos nocturnos, más al contrario. Yo me preparo un pequeño plato con fruta, toda de temporada (término este que algunos urbanitas no han llegado a entender o han acabado por olvidar, siempre con fresas disponibles en envases de plástico perfectamente refrigerados en las estanterías de los supermercados) y un poco de pan con queso de oveja, sí, de las ovejas que por la tarde Eleonora guiaba hasta el establo.

La música de la sala llega hasta la cocina, cenamos con una macedonia musical preparada por Raquel, quien salpica las conversaciones con detalles acerca de cada canción. Solo en ese momento noto una ausencia que probablemente me hubiese saltado a la vista en cualquier otra casa, no hay televisor.

- ¡Tenemos un mini cine! - Alejandro sonrío y se frota las manos, como imitando a algún villano de cómic - la especialidad de la casa son los ciclos temáticos, para mañana tenemos

programada "La huella", por supuesto la original de Mankiewicz, seguro que viene algún vecino, como todos los domingos.

El resto de la velada, entre música, libros y charlas, se me pasa igual de rápido que el día y de nuevo sin esperarlo la luz de la luna se cuelga entre la ventana y el reloj canta las doce. Marta ya hacía rato que se había retirado a su habitación y Alejandro había empezado una videoconferencia en una habitación que había al lado de la sala y que parecía un taller multiusos, con herramientas varias, pinceles, pinturas y trozos de tela cerca de una máquina de coser.

Yo me llevé a la habitación el libro que había empezado por la tarde. Me quité la ropa y me metí entre las sábanas, que pronto se tornaron cálidas a pesar de que en la habitación había algunos grados menos que en la sala. Encendí la luz de la mesilla y comencé a leer, aunque no debí de aguantar mucho porque poco recuerdo de aquellos párrafos. Me sentía cansada, empezaba a tener alguna agujeta debido a la caminata de la mañana, aunque ya casi ni la recordaba. El tropezón fotográfico quedaba como lejano en el tiempo a pesar de haber sido el iniciador de todo lo demás. El día había sido largo pero se había pasado rápido, tenía la sensación de haber acumulado mucha información pero también muchas otras cosas intangibles e innombrables (por no tener nombre), se me vinieron a la mente imágenes de carácter positivo, sensaciones de paz y tranquilidad. Estaba cansada y a la vez tan activa mentalmente que no sabía si sería capaz de dormirme. Sin embargo nada más apagar la luz mis ojos se cerraron, pude sentir incluso el movimiento de mis párpados al caer. Entonces nada más. Mucho más. Soñé.

CAPÍTULO TRES

Al abrir los ojos me sentí inundada por la luz de la mañana, pletórica de energía. Habitualmente cierro las persianas de mi habitación y evito hasta el más mínimo rayo de luz no solo desde el amanecer sino también en las luminosas noches de mi calle, plagada de farolas que además de iluminar el camino desprenden una enorme cantidad de luz hacia todos lados sin importar su necesidad o la falta de ella. Al comentar este detalle más tarde en la cocina Eleonora me enseñó un proyecto llevado a cabo en una pequeña ciudad francesa en que probaban la utilidad de las farolas cinéticas, la iluminación (eco)lógica. Quedé fascinada, no por el proyecto en sí, que también, sino por la capacidad de los habitantes de esa casa de descubrirme cosas, de abrirme ante un mundo nuevo que, en tan solo unas cuantas horas, estaba empezando a intuir.

El desayuno fue para mí como una fiesta, zumo natural de naranja, zanahoria y un poco de remolacha dando el toque final de color y sabor, tostadas (como las que les hago habitualmente a mis hijos antes de su larga jornada de colegio y actividades extraescolares) e infusión de plantas cultivadas en los alféizares de las ventanas, en el de mi habitación crecen en el macetero alargado hierba luisa y albahaca. De esa albahaca había precisamente un bote lleno de salsa al pesto en la nevera, con la que después serviríamos los espaguetis del mediodía. Al ser domingo todos los habitantes de la casa pululaban de un lado a otro, cada cual con su actividad, Raquel era la única que estaba sentada afuera y ya llevaba allí al menos una hora cuando yo salí hacia el jardín con la intención de dar un paseo antes de irme en busca del coche para regresar a la realidad de mi vida, de mi casa, de mi calle, de mi ciudad. Estaba leyendo y no me atreví a interrumpirla a pesar de que algún impulso que no

comprendía me llevaba hacia ella y hacía crecer en mí la curiosidad extrema por saber, en primera instancia, qué leía. Di algunas vueltas sin rumbo y me sorprendí de cuclillas admirando una lechuga, nunca me había fijado en la forma perfectamente imperfecta que tienen las hojas de crecer alrededor unas de otras, la rugosidad de sus pliegues suaves, un bichito negro paseando al que acercaba mi mano... cuando de repente una voz me sorprendió desde mi espalda.

- Es inofensivo, no te preocupes. Procuramos que haya una estabilidad biológica para evitar el uso de productos químicos de ningún tipo - Raquel sonreía - aunque si quieres explicaciones más profesionales no soy yo la adecuada, puedes fiarte de Marta que está hecha una experta.

A pesar de no ser la más adecuada, según me dijo, para explicar cosas de la huerta, Raquel me acompañó por los distintos cultivos y me contó todo lo que sabía de cada uno de ellos, aderezando la charla con anécdotas y curiosidades más propias de la literatura que de la realidad. Era fácil dejarse llevar por su voz, por su ritmo pausado pero alegre, me sentía atrapada por sus palabras y olvidé por completo el coche, la casa, la calle, la ciudad. Cuando quise/pude darme cuenta ya era la hora de la comida y me sentí obligada y a la vez agradecida por poder quedarme a comer, así que me puse manos a la obra y ayudé a Alejandro en la cocina mientras Marta y Raquel ponían la mesa. Cocimos los espaguetis (a los que añadiríamos después el pesto), cortamos queso y pan, lavamos algunas piezas de fruta y calentamos un poco de sopa que había hecha.

La sobremesa fue de nuevo larga y la generosidad de estos cuatro personajes que habían entrado en mi vida (más bien, en cuyas vidas había entrado yo) me envolvía en un cálido

clima casi familiar. El coche estaba lejos y era domingo, Alejandro me recordaba la sesión de cine y mis hijos seguían en casa de su padre, el verano estaba empezando y para las dos semanas de vacaciones que había pedido no tenía ningún plan especial. Dependía de mí y yo me quería quedar, así que sin importarme lo razonable, lo lógico o lo que sea que nos ha de importar a la hora de tomar decisiones, decidí quedarme una noche más en aquella casa, con cuatro personas totalmente desconocidas un par de días antes y en un lugar lo suficientemente perdido entre los árboles como para no saber su ubicación ni siquiera con respecto a mi coche.

Cuando el día anterior Alejandro había comentado que era probable que asistiesen algunos vecinos a la sesión de cine, no se me había pasado por la cabeza que eso fuese a ser necesario, me refiero a la preparación de una sala con unas veinte sillas y una mesa en la que colocamos un montón platos, tenedores y servilletas, además de vasos y un par de jarras de agua. A eso de las cinco y media empezó a llegar gente, algunos venían andando, aparecían de entre los árboles inventándose caminos, otros llegaban en coches cargados, en los que no cabía ni una aguja y de los que bajaban con algunas bandejas de comida. Había niños y también alguna persona mayor que se acompañaba de bastón, pero la edad de la mayoría oscilaba entre los treinta y los cincuenta años. Hubo presentaciones, saludos, abrazos entre aquellos que hacía más tiempo que no se veían e intercambio de algunas cosas entre otros, que si la fuente de cristal que me habías dejado, que si estas semillas de tomate que te había comentado la semana pasada. Y yo allí en medio, asombrada ante aquellas personas que suponía vivían en casas parecidas a esa que me acogía, alejadas de la única vida que hasta ese momento yo concebía como *vida*. Raquel me cogió del brazo y me llevó hacia la sala donde ya estaba todo preparado para la proyección.

- Tienes que probar esto antes de que se acabe - era una especie de tartaleta rellena de una crema naranja y adornada con bolitas de color rosa - es la especialidad de Merche, receta propia, pero solo la hace los domingos y nunca más cantidad que esta, dice que así la sabremos apreciar en su justa medida sin cansarnos de ella - y de nuevo Raquel sonrío, río, y me hace sonreír.

Está deliciosa, es la tartaleta más rica que haya probado jamás, cualquier restaurante de lujo mataría por tener algo así en su carta y sin embargo el único sitio en que se puede comer es aquí. Me siento agradecida por esa muestra de cariño y abrazo a Raquel, de nuevo me sorprende a mí misma haciendo algo poco habitual en mi persona y acabo por sonrojarme. Raquel se da cuenta y le resta importancia dándome otro abrazo y llevándome acto seguido hasta un grupo de personas a las cuales me presenta. Ante la curiosidad general no me queda más remedio que contar mi pequeña aventura en el monte y mi consiguiente llegada a la casa. A pesar de ser una desconocida entre toda esa gente tengo una sensación general de júbilo y me alegra mi presencia allí, entre otras cosas, porque siento que alegra también a los demás.

Alejandro hace una breve introducción a la película, los niños son los que más se impacientan y le alientan con gestos desde la primera fila, sentados en unos cuantos cojines en el suelo, a que sea breve. Nunca he sido muy cinéfila, por lo que es fácil sorprenderme con una película, ni nunca me he visto especialmente atraída por cine anterior al año de mi nacimiento. Sin embargo "La huella", tal y como Alejandro dejó dicho en su introducción, es del año 1972, uno antes de que yo hubiese nacido, y me encantó, puede que incluso más que a los niños, que estaban incomprensiblemente emocionados.

Una vez acabada la película nos juntamos alrededor de la mesa, algunos se sentaron y otros permanecimos de pie, picando entre una bandeja y otra. En cuanto quise comer otro trozo de aquella deliciosa tartaleta me di cuenta de que ya no quedaba en la mesa ni rastro de su paso, justo en ese momento en que buscaba con la mirada me crucé con la de Raquel, cuyo gesto me dio a entender que sabía lo que buscaba y que ya no había más, le devolví el mensaje gestual dando a entender que era una pena pero que le agradecía que me hubiese dado la oportunidad de probarlo antes. La noche se echó encima casi por sorpresa y la gente empezó a desaparecer, Eleonora llevó en coche a algunos de los que habían venido a pie y otros, que parece ser vivían cerca, marcharon con linternas a paso ligero. Marta y yo recogimos las sillas plegables y pasamos un trapo a la mesa, Alejandro fregó los vasos y los platos mientras Raquel los secaba, eran demasiados como para dejarlos en el escurridor. Sin mucha dilación, una vez hubimos terminado de recoger, nos fuimos despidiendo y retirando cada cual a su habitación. De nuevo me llevé el libro que había empezado a leer la noche pasada, abrí la cama y encendí la luz de la mesilla.

CAPÍTULO CUATRO

La luz de la mesilla era lo suficiente intensa como para leer y a la vez lo bastante tenue como para dejarme adormilar. El libro se me empezaba a escurrir entre las manos pero la lectura era interesante y absorbente así que los párpados se esforzaban por no caer del todo. Sin previo aviso, porque no había escuchado ningún crujir de madera ni me lo esperaba en forma alguna, sonaron un par de golpecitos en la puerta, casi antes de que me hubiese dado tiempo a responder se entreabrió lentamente y la cabeza de Raquel se asomó curiosa y sonriente.

- ¿Interrumpo la lectura o el sueño?

- Una fase intermedia, diría yo.

Así comenzaba la noche que parecía haber llegado a su fin. Me destapé un poco e hice un sitio a los pies de la cama para que Raquel pudiera sentarse. No recuerdo un tema de conversación que iniciase nada, simplemente empezó y siguió, hablamos de la vida, de las nuestras, de cómo habíamos llegado al punto en el que estábamos, de la educación pública, de arte, de normas estúpidas con las que nos habíamos topado en diferentes museos del mundo, de viajes y culturas ajenas, de política y de apolíticas. Había traído consigo una pipa de agua y fumamos marihuana, reímos y en algún momento abrimos la ventana, para ventilar el humo. Acabamos por quedarnos en silencio escuchando a los grillos hasta que un búho nos despertó y al mirarnos estallamos en una risa silenciosa que acabó en un abrazo. El abrazo lo acabé yo en un beso, no sé porqué. La besé y ella me besó y con su mano derecha me acarició la mejilla mientras apartaba un mechón de pelo que se inmiscuía entre nuestros labios.

Se me cortaba la respiración por momentos pero no se puede decir que estuviese nerviosa, es decir, simplemente estaba pasando algo a lo que habíamos llegado de forma natural y de de la misma forma parecía lógico que así fuese. Le dije que nunca antes había besado a una mujer, yo sabía que ella sí, lo había desvelado en varias ocasiones en que el tema de las parejas y las relaciones había surgido desde que yo estaba allí. Fue una noche muy larga y muy corta, muy intensa, muy romántica, muy tranquila, un cúmulo de sensaciones que podrían parecer contradictorias y que se immortalizaron para siempre en el abrazo más largo que jamás haya dado, nocturno y somnoliento. Dormí plácidamente sintiendo su respiración pausada en mi cuello, rodeándola con mis brazos y dejando que los suyos me rodeasen. Dormí.

CAPÍTULO CINCO

Las primeras luces de la mañana, esos instantes de silencio entre la noche y el día ya habían pasado y a través de la ventana escuchamos a Eleonora recopilando herramientas en la carretilla para ir a la huerta. Al ver la cara adormilada de Raquel no pude reprimir, al igual que la noche anterior, un beso.

- Buenos días.

Su sonrisa distraída, las legañas desprendiéndose y el pelo alborotado. La abracé y quise empezar el día tal y como había acabado la noche pero de repente una idea triste frenó mis caricias y se me debió de notar en la cara un gesto confuso.

- ¿Estás bien?

- Me acabo de acordar de que hoy es lunes, de que me esperan mi coche, mi vida, en cuanto acabe las vacaciones mi trabajo... y mis hijos.

Tras unos segundos de vacilación Raquel volvió a sonreír, con esa claridad que la caracteriza me cogió la mano y me habló casi susurrando.

- Aquí también te estaremos esperando. Cuando quieras este lugar siempre estará al final de ese camino por el que te perdiste. Yo estaré aquí también.

Me resbaló una lágrima por la mejilla. Estaba feliz porque sabía que lo que me decía era verdad, me sentía bien porque el cosquilleo en el estómago me hablaba de sentimientos que pensaba haber olvidado. Quería volver allí, claro, y quería abrazarla.

- Existen tres tipos de lágrimas. Desde que llegamos a esta casa le hemos dado muchas vueltas a ese tema...

CAPÍTULO SEIS

Las lágrimas son, entre otras cosas, un medio de comunicación del cuerpo consigo mismo. A través de ellas eliminamos toxinas, sustancias sobrantes. Nos cuentan si estamos tensas, nerviosas o felices, sensibles, enfadadas o pletóricas. Nos recuerdan cómo nos sentimos y equilibran nuestros sentimientos cuando son excesivas sus consecuencias.

Aunque hay tantos tipos de lágrimas como mujeres y hombres capaces de llorarlas, en esta casa se han establecido tres grandes grupos dentro de los cuales se podría englobar al resto. Están en primer lugar las *lágrimas grises*, son las dañinas, las que te roban el tiempo y la energía, las que no te aportan más que más que desesperación. Tienen una curiosa forma de surgir en la soledad y son difíciles de parar debido a su constante contagio, una vez que comienza su proceso de creación es complicado interrumpir y dismantelar la cadena. Su nombre recuerda a los hombres grises contra los que lucha Momo, aquellos que robaban el tiempo de los hombres cual garrapatas, sí, de poder ser comparadas con un ser vivo las *lágrimas grises* serían garrapatas.

En segundo lugar están las *lágrimas celestes*, necesarias, tristes también, a veces amargas pero siempre útiles. Son aquellas que exteriorizan lo que no se puede guardar nadie para sí misma, aquellas que tienen que ser lloradas, analizadas o al menos vagamente reflexionadas. La *lágrimas celestes* nos acercan a nosotras mismas si es que nos hemos alejado, con ellas nos dejamos sentir la tristeza, la soledad, la incompreensión...

Por último las más importantes y muchas veces infravaloradas, las *lágrimas blancas*. Resplandecientes, hermosas, que parecen salidas de un cuentagotas pero que son constantes en su caída. Son las lágrimas que expresan alegría, júbilo, el estallido de un sentir de profundo regocijo, el alivio, el fin de un suplicio, el desahogo, la felicidad de un instante perfecto. La felicidad de un beso.

CAPÍTULO SIETE

Ese día a Nieves le resbalaban lágrimas blancas desde por la mañana, sus mejillas no habían cesado de reflejar luminosos destellos y su sonrisa le parecía a Raquel la más sincera que había visto nunca. Tampoco ella quería que se fuese, aunque sabía que lo que le había dicho era verdad y que podría volver siempre que quisiera, cada fin de semana, cada día, a cada hora ella estaría allí y sería feliz al verla. Mientras pensaba/soñaba con días venideros de visitas inesperadas, Raquel removía el sofrito para la salsa de tomate. Alejandro entró en la cocina con el trípode y la bolsa de su cámara.

- Te veo especialmente sonriente pequeña Quela.

- No me llames así Ray Man, que tienes poco de alemán.

- Uuuuh, intuyo ironía agudizada para el resto del día y suaves precipitaciones a última hora de la noche.

- Eres un listillo, la próxima será Rain Man, si te portas bien volvemos al Man Ray... a ver, cuéntame ¿qué haces con la cámara?

Con la agitación de los últimos días Raquel se había olvidado pero en cuanto Alejandro dijo una sola palabra... las luciérnagas. Estaban en época de apareamiento y habían hablado de hacer una excursión nocturna para verlas, a lo que Alejandro había añadido el componente artístico para continuar con su catalogación y representación de todo indicio de vida que las rodease.

- ¿Puedes acabar tú el sofrito?

Prácticamente no tuvo tiempo de responder y ya Raquel había salido de la cocina, Alejandro dejó sus bártulos al pie de la mesa y tomó el tenedor de madera a la vez que subía un poco la intensidad de la llama.

Nieves estaba deshaciendo la cama, recogiendo la habitación que la había acogido y pasando un trapo a la mesilla de noche.

- ¡Tienes que quedarte una noche más! - Raquel irrumpió en la habitación como un torbellino de lavanda y la miró fijamente, como si la estuviese hipnotizando - hoy vamos a hacer una excursión que no te puedes perder, tienes que quedarte una noche más - lo volvió a repetir, una noche más.

Sin saber cómo ya de nuevo las sábanas estaban estiradas sobre el colchón. Raquel besaba a Nieves. Un pájaro se posaba en el macetero de la albahaca. Un agradable olor a salsa de tomate entraba por la ventana.

EPÍLOGO

Me congratulo por haberme permitido esta experiencia y por estar escribiendo estas líneas para no olvidarla, para compartirla con mis hijos y con todas las personas que quieran escuchar con el corazón abierto que la vida es algo más y que es nuestra. Me alegro de haber aceptado la, por ahora, última proposición de Raquel.

Las luciérnagas acabaron de iluminar el último rincón oscuro que todavía no había llorado. Supe al verlas que mi vuelo estaba en realidad empezando, que todavía no había comenzado a irradiar la luz que me conformaba.

Me doy cuenta de que, al igual que la materia, cambio, me transformo. Descubro que me sigo buscando y recupero las ganas de hacerlo, el cosquilleo en el estómago que me motiva y genera una fuerza imparable. Cambiar, evolucionar, mejorar en el constante proceso de conocerme y ser más yo con el mundo que me rodea. A partir de ahora queda mucho por escribir.

NOTA DE LA AUTORA

Lo bueno de los flashforwards, del control del tiempo en la narración, es que no hemos tenido que esperar cinco años para saber cómo comenzaron los pasos de esta nueva vida que han emprendido nuestras protagonistas. Aunque en realidad (en la realidad, esa que no es única ni existe más allá de nuestros sentidos) lo que será de ellas dependerá siempre de nosotros.

